

## RAE

**1. TIPO DE DOCUMENTO:** Trabajo de grado para optar por el título de LICENCIADO EN FILOSOFÍA.

**2. TÍTULO:** EL PROBLEMA DEL MAL MORAL EN SAN AGUSTÍN Y SU RELACIÓN CON EL LIBRE ALBEDRIO.

**3. AUTOR:** José Luis Bonilla Montaña.

**4. LUGAR:** Bogotá D.C.

**5. FECHA:** 24 de abril de 2018

**6. PALABRAS CLAVES:** Mal, Dios, hombre, voluntad, libertad, libre albedrio, universo, sustancia, existencia, moral, ausencia, privación.

**7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO:**

El presente trabajo tiene como objetivo mostrar que el problema del mal no tiene ningún origen en Dios, cuanto sí en el hombre. Que el problema del mal está relacionado con la voluntad libre del hombre y por tanto es un problema moral. De hecho, Dios no ha querido el mal, pero ha sido el hombre, quien por su libre voluntad se ha alejado del proyecto de Dios y ha roto el orden de la creación inclinándose por lo menos perfecto, las creaturas, tomándolas como fin y no como medio, y en este sentido alejándose de Dios para inclinarse más a la nada, es decir, a lo que no es. Así las cosas, mostraremos desde San Agustín que el mal tiende hacia la nada, en tanto que es la corrupción del ser.

**8. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN:** Línea de investigación de la USB: Antropología, moral, filosofía, sociología. Psicología.

**9. METODOLOGÍA:** Es de carácter empírico- analítico, con un enfoque metodológico con base en el estudio del mal en el universo.

**10. CONCLUSIONES:**

Al realizar el presente análisis acerca del problema del mal moral en San Agustín y su relación con el libre albedrío, se puede concluir que definitivamente a lo largo de sus obras el filósofo sostiene de forma continua, mediante diversos argumentos, la tesis en donde afirma que el mal es corrupción de la voluntad, movimiento hacia el no ser y por ende, ausencia de bien. Así las cosas, se ha demostrado en este trabajo que el mal no procede de Dios, puesto que el aceptar que el mal procede de Dios o de un dios, es afirmar que este tiene substancia, lo cual sería caer en el error que tanto le refuta el santo a los Maniqueos, a saber: el concebir el mal como algo con substancia implícitamente es afirmar la existencia de un dios malo y por lo tanto dos realidades: Un Dios creador del bien y un dios creador del mal. Cosa que para San Agustín no es posible, debido a que solo existe un Dios perfecto, bueno y creador de todo el universo, es decir, Dios.

**EL PROBLEMA DEL MAL MORAL EN SAN AGUSTÍN Y SU RELACIÓN CON  
EL LIBRE ALBEDRÍO**

**JOSÉ LUIS BONILLA MONTAÑO**

**DIRECTOR**

**FRAY LUIS FERNANDO BENÍTEZ ARIAS, OFM.**

**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES  
PROGRAMA DE FILOSOFÍA  
BOGOTÁ, D.C. – 2017**

## TABLA DE CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>5</b>
<b>1. EL MAL EN EL ORDEN DEL UNIVERSO.....</b>	<b>13</b>
1.1. El orden general del universo.....	14
1.2. El concepto de Providencia en San Agustín.....	24
1.3. El hombre quebranta el orden del universo.....	32
<b>2. EL MAL MORAL.....</b>	<b>37</b>
2.1. Dios y el origen del mal.....	40
2.2. El mal y el papel del libre albedrío.....	51
2.3 El mal se hace de manera voluntaria.....	55
2.4. El problema de la libertad en relación con Dios.....	60
<b>CONCLUSIÓN.....</b>	<b>66</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>72</b>

## **RESUMEN**

La cuestión del mal es siempre un problema candente y actual en la historia de la filosofía, y en general en todas las disciplinas que se dedican a reflexionar en torno al hombre. Muchas han sido las reflexiones que se han elaborado en torno a dicho problema. Sin embargo fue quizá San Agustín de Hipona quien mejor lo abordó desde su experiencia tanto filosófica como teológica. El presente trabajo tiene como propósito analizar el problema del mal moral en la filosofía de San Agustín y su relación con el libre albedrío. En otras palabras, mostraremos que el mal no tiene ningún origen en Dios, cuanto sí en el hombre. Que el problema del mal está relacionado con la voluntad libre del hombre y por tanto es un problema moral. De hecho, Dios no ha querido el mal, pero ha sido el hombre, quien por su libre voluntad se ha alejado del proyecto de Dios y ha roto el orden de la creación inclinándose por lo menos perfecto, las creaturas, tomándolas como fin y no como medio, y en este sentido alejándose de Dios para inclinarse más a la nada, es decir, a lo que no es.

## **ABSTRACT**

The question of evil is always a burning and current problem in the history of philosophy, and in general in all the disciplines that are dedicated to reflecting on man. Many have been the reflections that have been developed around this problem. However, it was perhaps St. Augustine of Hippo who best approached him from his philosophical and theological experience. The purpose of this paper is to analyze the problem of moral evil in the philosophy of St. Augustine and its relationship with free will. In other words, we will show that evil has no origin in God, whatever in man. That the problem of evil is related to the free will of man and therefore is a moral problem. In fact, God did not want evil, but it was man, who by his free will has moved away from God's plan and has broken the order of creation by bowing down at least perfect, the creatures, taking them as an end and not as a means, and in this sense moving away from God to lean more to nothing, that is, to what is not.

## INTRODUCCIÓN

La cuestión del mal es siempre un problema candente y actual en la historia de la filosofía, y en general en todas las disciplinas que se dedican a reflexionar en torno al hombre. ¿Qué es el mal? ¿Cuál es su esencia? ¿Realmente existe el mal? ¿Tiene sustancia, es decir, un fundamento ontológico? ¿Es posible eliminar el mal de la vida humana? ¿Por qué padecemos males? Preguntas como éstas son las que han mantenido en vilo el pensamiento de innumerables pensadores a lo largo del devenir histórico de la humanidad. En efecto, desde las antiguas culturas, tanto orientales como occidentales se han detenido a reflexionar sobre esta abrumadora experiencia que desborda al mismo hombre, *el mal*, y sin embargo, sigue estando presente, tanto en la vida fáctica como en el pensamiento.

Así pues, el problema del mal ha sido abordado por diferentes disciplinas y escuelas de pensamiento, en especial desde la filosofía, la teología, la antropología, la psicología, entre otras. Sin embargo, vemos que es la filosofía quizá la disciplina que más ha marcado la pauta en la penetración de este problema. En efecto, ya desde la antigua Grecia, éste fue un problema acuciante: “A pesar de que el mal no fue un punto central de la reflexión filosófica griega, su realidad está presente y aparece vista desde una dimensión moral y antropológica. Así por ejemplo en Platón, el mal se ve asociado a la injusticia (condena de Sócrates), a la ignorancia, a lo extraño, etc., como algo opuesto a un fin bueno. (...) Para Aristóteles, el mal no tiene existencia independiente de las cosas, porque su naturaleza es inferior a la potencia, con lo cual indica que el mal no es una sustancia”.<sup>1</sup> Ante todo, el horizonte que marcaron los griegos respecto a esta cuestión es la pregunta por la sustancialidad del mal, es decir, ¿existe en sí mismo el mal? ¿Es algo real o una cosa? ¿O simplemente es algo que está en el pensamiento? Como hemos visto, los griegos respondieron a su manera a esta cuestión, pero veremos que es San Agustín, de quien nos ocuparemos en este trabajo, quien quizá marcó más profundamente el pensamiento

---

<sup>1</sup>CASTILLO, Julio Martín. Realidad y transcendentalidad en el planteamiento del problema del mal según Xavier Zubiri. Roma: Ed, Pontificia Universidad Gregoriana, 1997. p. 27.

occidental respecto al problema del mal, claro está, con la influencia griega y con la influencia cristiana.

San Agustín (354-430) es sin duda uno de los pensadores más grandes de la historia del pensamiento, algunos historiadores como Johannes Hirschberger lo consideran como el maestro de occidente.<sup>2</sup> En cuanto a su ubicación en la historia de la filosofía, algunos lo ubican en el final de la época antigua y otros en el inicio de la época medieval. De cualquier modo, San Agustín marcó hondamente la reflexión posterior en cuestiones fundamentales como la metafísica, la antropología, la moral, entre otras, pero ante todo en la cuestión que nos convoca, en *el problema del mal*. En efecto, el problema del mal aquejó a San Agustín una y otra vez, esto nos lo demuestran sus obras, en las cuales deja plasmada su preocupación, no tanto por resolver y cerrar la cuestión, pero sí por lo menos tratar de dar respuesta y hacer una interesante propuesta frente a este acuciante interrogante ¿Qué es el mal? ¿De dónde proviene?

Así pues, nos preguntamos, ¿cómo responde Agustín a estos interrogantes? Como bien sabemos, Agustín es un pensador, pero ante todo un pensador cristiano, y un pensador que reconoce una tradición, como ya hemos mencionado, sobre todo la tradición griega, pero fundamentalmente la filosofía platónica. Así las cosas, veremos que estas dos tradiciones marcarán la vida y el pensamiento filosófico de nuestro autor. También es necesario tener en cuenta que Agustín transitó por el maniqueísmo, lo cual influyó fuertemente en su propia experiencia personal:

Así nos relata cómo ya desde joven le preocupaba el problema del mal por lo que se adhirió al maniqueísmo buscando una respuesta a esta inquietud. Pero también narra de qué manera, posteriormente se vio defraudado por las incoherencias internas del maniqueísmo, ya que daban una explicación dualista del origen del mal, según la cual el hombre no era sino un pasivo campo de batalla en cuyo interior se enfrentaban dos principios, el de la luz o del bien, y el de las tinieblas o el mal, de

---

<sup>2</sup> Decir San Agustín es tanto como decir patrística. Se le ha llamado el doctor de occidente y ello muestra que su figura llega hasta la edad media. Es una de las columnas de la filosofía cristiana de todos los tiempos. Con San Agustín tocamos el punto culminante de la filosofía patrística y acaso de toda la filosofía cristiana. HIRSCHBERGER, Johannes. Historia de la filosofía, Tomo I. Barcelona: Herder, 1997 p. 291.

tal modo que no quedaba en él espacio para el libre albedrío. Pero su propia experiencia interior le mostraba otra cosa, y así llegará a afirmar que estaba consciente de que él era el que elegía o no elegía, vale decir, quien decidía obrar bien o mal, y de ningún modo actuaban en él esos dos principios: *yo era el que quería, yo era el que no quería*.<sup>3</sup>

Por tanto, San Agustín será enfático en apartarse de los maniqueos y en mostrar desde la perspectiva cristiana que en el hombre no co-existen esos dos principios, el bien y el mal. Para San Agustín el hombre fue creado bueno, y tiende hacia el bien, y más aún hacia el bien último que es Dios, aunque en su naturaleza esté herido por el pecado, esto no quiere decir que el mal habite en el hombre, ya que Dios nos dio el libre albedrío de la voluntad, para poder elegir. Pero entonces, ¿Dónde está el mal, sino está dentro del hombre?, ¿el mal es algo externo al hombre? Preguntas como estas serán las que abordaremos a lo largo de este trabajo, por ahora podemos simplemente decir que para San Agustín el mal no tiene sustancia, esto es, no tiene ningún fundamento en sí mismo, no tiene substrato ontológico, y por tanto no tiene ningún principio como si se originara en algún dios malo como pensaban los maniqueos.

Por el contrario, Agustín como buen creyente cristiano, está convencido que toda la realidad es buena, porque fue creada por Dios, y Él es el único principio de todo. Sin embargo, el hombre al pecar se inclinó hacia lo que no es, hacia lo menos perfecto, hacia lo meramente material, hacia las criaturas, olvidándose de Dios, deformando su voluntad e introduciendo el mal en el mundo. Entonces nos preguntamos ¿El hombre al pecar se olvidó del Ser (Dios)<sup>4</sup> y se inclinó hacia la nada? Y, si esto es así, ¿Qué es la nada? Aquí nos encontramos con otro problema, el problema de la nada, en el cual San Agustín no ahonda, sólo lo menciona de paso, pero del cual simplemente no se puede decir mucho, ni se puede pensar que la nada sea un principio de la realidad, sino que por el contrario la nada es total ausencia de ser, es vacío ontológico, y en este sentido nada puede salir de allí. Aunque para San Agustín y para muchos pensadores cristianos Dios crea a partir de la nada, no quiere

---

<sup>3</sup> GARCÍA, Ricardo M. El concepto de libre albedrío en San Agustín. Bahía Blanca: Universidad Nacional del sur, 2003. p. 1.

<sup>4</sup> San Agustín equipara Ser y Dios.

decir esto que haya existencia antes de la creación, sino que lo único que existe es Dios, la nada sería lo opuesto al ser, y por tanto la nada es corrupción, sin embargo, parece ser que esta nada estaba junto con Dios, según nuestro autor:

“Existías tú y otra cosa, la nada, de donde hiciste el cielo y la tierra, dos criaturas: la una, cercana a ti; la otra, cercana a la nada; la una, que no tiene más superior que tú; la otra, que no tiene nada inferior a ella”.<sup>5</sup>

Pero, ¿qué es la nada para San Agustín? En efecto, preguntarse por la nada, es ya un contrasentido, atenta contra el principio de no contradicción de Aristóteles, el cual afirma que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo lugar, luego, preguntarse por la nada no tiene sentido, porque simplemente no es. Sin embargo, esta nada nos inquieta, pues tal vez aquí radica nuestro problema, el problema del que partimos en este trabajo sobre *el problema del mal moral y su relación con el libre albedrío*; pues si el mal no es creado por Dios, ¿Dónde se origina? Éste es realmente nuestro problema, pues como sabemos, la respuesta a simple vista podría ser un tanto evasiva de la cuestión, el mal simplemente aparece, nadie lo crea, o podemos decir con San Agustín, (y es lo que trataremos de ver si es posible argumentar) que el mal se origina en el hombre. Sin embargo, nuestro problema sigue sin resolverse, pues si el hombre fue creado por Dios, y fue creado bueno, ¿cómo se introdujo el mal? Y si el mal va a una con la nada, entonces, ¿Quién creó la nada? O, mejor aún, ¿Por qué Dios no eliminó la nada al crear?, porque a simple vista pareciera que San Agustín traslada el problema maniqueo, ya que no le atribuye el origen del problema del mal a un dios malo, pero sí se lo atribuye a la nada. ¿Por qué entonces Dios no eliminó la nada? Lo cierto es que San Agustín reconoce que la nada estaba ya presente, y que Dios creó de la nada, más aún, tuvo que relacionarse con la nada, en palabras del filósofo contemporáneo Martín Heidegger: “si Dios crea de la nada tiene que habérselas con la nada”.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> SAN AGUSTÍN, “Las Confesiones”. Edición crítica y anotada por el padre: Ángel Custodio Vega, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1968, Libro XII, Capítulo VII, p. 513.

<sup>6</sup> HEIDEGGER, Martín. ¿Qué es metafísica? Traducido por Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Alianza editorial, 2014. p. 42.

Sin embargo, reiteramos que esta compleja cuestión sobre la nada la mencionamos sólo de paso, en aras de clarificar nuestro problema capital ¿Dónde se origina el mal? ¿Es el hombre el culpable de todo el mal que existe en el universo? Si Dios es perfecto, el Sumo Bien, el omnipotente como veremos posteriormente, ¿por qué no elimina el mal de nuestra realidad? Nuevamente estas preguntas son de difícil respuesta, y han sido preguntas que han sido elaboradas y reflexionadas por filósofos de todos los tiempos, desde Platón, pasando por Epicuro, San Agustín, Santo Tomás, Leibniz, quien plantea una posible teodicea, hasta llegar a nuestros días con filósofos como Paul Ricoeur o Theodor Adorno para quienes el mal sigue siendo un contrasentido. Dejamos claro por tanto, que el problema del mal ha sido, es y seguirá siendo un problema acuciante, de no fácil respuesta, aunque ha habido intentos de respuesta, y consideramos en este sentido, muy válida la propuesta de Agustín, sin embargo, lejos de nosotros pretender cerrar o agotar la cuestión de este difícil problema de la filosofía con esta reflexión, por el contrario, consideramos que proponemos perspectivas de reflexión que se pueden derivar de aquí, y desde la propuesta de Agustín claro está. Perspectivas por ejemplo para la ética, la antropología, la sociología, y por qué no, para la misma filosofía que no puede eludir el problema del mal en nuestra época contemporánea.

El presente trabajo, tiene por tanto como finalidad mostrar que el problema del mal no tiene ningún origen en Dios, cuanto sí en el hombre. Que el problema del mal está relacionado con la voluntad libre del hombre y por tanto es un problema moral. De hecho, Dios no ha querido el mal, pero ha sido el hombre, quien por su libre voluntad se ha alejado del proyecto de Dios y ha roto el orden de la creación inclinándose por lo menos perfecto, las creaturas, tomándolas como fin y no como medio, y en este sentido alejándose de Dios para inclinarse más a la nada, es decir, a lo que no es.

Así las cosas, mostraremos que el mal tiende hacia la nada, en tanto que es la corrupción del ser. El mal es la inclinación a las cosas más inferiores, hacia lo corruptible, hacia lo creado más que hacia el creador, y sabemos que lo creado, la materia corruptible vuelve a la nada. En otras palabras, el mal, que como veremos más adelante es corrupción de la

voluntad del hombre, no tiene origen en Dios, pues Él es el Ser por antonomasia para San Agustín, pero sí podemos buscar su relación con la nada.

Las cosas en tanto que son, son buenas. Luego cualesquiera que ellas sean, son buenas, y el mal cuyo origen buscaba no es sustancia ninguna, porque si fuera sustancia sería un bien, y esto había de ser sustancia incorruptible.<sup>7</sup>

En efecto, es lo que mostraremos en este trabajo desde los aportes de San Agustín, que el mal no tiene sustancia, ni fundamento, cuanto sí origen en la voluntad libre del hombre que se ha inclinado hacia lo corruptible, hacia las creaturas, y por ende hacia la nada:

Fallar no es ya la nada, sino tender a la nada. En efecto, cuando las cosas que tienen más ser se declinan hacia las que tienen menos ser, las que fallan no son aquellas a las que se tiende, sino las que tienden y así, comienzan a tener menos ser que el que tenían...<sup>8</sup>

En estas líneas que hemos citado de Agustín, nuestro autor deja en claro que el que falla, o mejor, el que peca, elige algo inferior aproximándose a la nada, con ello está optando por el mal, pues el mal no procede de Dios. Y aquí está el meollo de nuestro problema, pues a nuestro modo de ver, el mal que no fue creado por Dios, porque todo lo que Dios creó es bueno, fue introducido por el hombre, al elegir a las creaturas, lo corruptible en vez del creador. Es como Si Dios le hubiera dado elegir al hombre para probar su voluntad: El hombre tenía pues dos posibilidades: primera, podía elegir tender hacia Dios, haciendo uso de las cosas creadas para llegar a Él, y segunda, podía elegir solamente las cosas creadas, lo corruptible, haciendo de ellas un fin y no un medio, pero olvidándose de Dios.<sup>9</sup> Pues al parecer, según San Agustín, el hombre escogió la segunda posibilidad, escogió lo corruptible, las cosas creadas y así optó por la nada en vez del creador, de esta manera, el hombre introdujo desorden en la creación, en la realidad, introduciéndose de esta forma el

---

<sup>7</sup> SAN AGUSTÍN, Op., cit. Confesiones. Libro VII, Capítulo XII. p. 288.

<sup>8</sup> SAN AGUSTÍN. Citado en: Op., Cit. GARCÍA, Ricardo M. El concepto de libre albedrío en San Agustín. p. 101.

<sup>9</sup> Esto es lo que se conoce en la tradición cristiana como la caída.

mal. Así que si queremos buscar un origen al mal debemos buscarlo en el hombre, no en Dios.

Para San Agustín, cuando el hombre opta por el mal, por medio de su libre albedrío, opta por aquello que no procede del Sumo Bien que es Dios: “Se peca cuando por una inclinación inmoderada a [las cosas creadas] — no obstante que sean bienes ínfimos — son abandonados los mejores y sumos, como eres tú, Señor, Dios nuestro; tu Verdad y tu ley”.<sup>10</sup> De tal suerte que el mal no puede ser querido por Dios, no se origina en Dios, sino en el hombre, quien escogió el mal por medio del libre albedrío de su voluntad.

Por otra parte, como bien sabemos, el mal se puede ver desde diversas perspectivas, dado que el mal tiene diversos matices, pues se presenta a la vida humana de diversas formas: las guerras, el hambre, las injusticias, los desastres naturales, entre otros. Así las cosas podríamos decir que el mal se clasifica básicamente en dos realidades: el mal físico (todo lo que acontece en la naturaleza) y el mal moral (todos los males generados por el hombre), aunque en algunos momentos el primer mal, el mal físico es incluso generado por el concurso del mismo hombre, al dañar la naturaleza, así que podría decirse que el mal es una sola realidad. Pero para ser más específicos, en nuestro trabajo nos ocuparemos sobre todo del problema del mal moral. Es por ello que para sustentar mejor nuestra cuestión, nos proponemos dividir metodológicamente nuestro trabajo en dos importantes capítulos, a saber: primero, *el mal en el orden del universo* y segundo, *el mal moral*.

Respecto al primer capítulo, *el mal en el orden del universo*, tiene como objetivo evidenciar de qué manera se introduce el desorden en la creación, y sin embargo Dios sigue estando presente por su providencia. Por ello lo dividiremos en tres apartados, a saber: primero, *el orden general del universo*, segundo, *el concepto de Providencia en San Agustín* y tercero, *el hombre quebranta el orden del universo*. Mediante estos apartados veremos cuáles son las implicaciones del mal moral en la creación, la cual está no obstante ordenada por Dios.

---

<sup>10</sup> San Agustín, Op., Cit. Las Confesiones, Libro II, Capítulo V, Pág. 120.

Por su parte, el segundo capítulo tiene como objetivo poner en evidencia qué es concretamente el mal moral, es decir, mostraremos que la esencia del mal radica en el desorden de la voluntad humana, dejando en claro que de ninguna manera el mal se origina en Dios. Este capítulo lo dividiremos en cuatro apartados, a saber, primero *Dios y el origen del mal*, segundo *el mal y el papel del libre albedrío*, tercero *el mal se hace de manera voluntaria*, y cuarto *el problema de la libertad en relación con Dios*. A través de estos apartados veremos de qué manera el problema del mal está estrechamente relacionado con el uso que el hombre hace de su libre albedrío y mostraremos algunas posibles alternativas al problema del mal desde la perspectiva agustiniana.

Finalmente mostraremos unas posibles y breves conclusiones de este trabajo, que a nuestro modo de ver, resultan determinantes para nuestra comprensión del problema del mal en San Agustín, quien como dijimos al inicio de esta introducción, marcó hondamente la reflexión filosófica posterior, en cuestiones tan complejas como la cuestión del mal. Nos preguntamos finalmente, ¿Es posible eliminar el mal? Desde la propuesta agustiniana, no es posible eliminarlo del todo, pero sí es posible tender hacia el bien, hacia lo mejor, hacia lo más perfecto, y en este sentido, será posible la construcción de un mundo y una realidad mejor que la que vivimos, llena de males y ante todo de injusticias por doquier.

Esperamos que el lector juzgue la pertinencia de nuestra lectura acerca de una interpretación del problema del mal desde la perspectiva agustiniana, de cara a tantas interpretaciones que hay sobre dicho autor –teniendo en cuenta que éste ha sido uno de los autores más discutidos y comentados de la filosofía–. Lejos de concluir o de cerrar definitivamente este profundo tema, que aún sigue abierto, pues es uno de los temas fundamentales de la filosofía (el problema del mal), esperamos que nuestro ejercicio permita abrir espacios de diálogo, en donde la pluralidad de voces permita conformar una pieza por lo pronto inacabada.

## CAPÍTULO I

### El mal en el orden del universo

Teniendo en cuenta que el problema del mal es el tema principal de este texto, el cual se desarrollará a partir de la reflexión de San Agustín sobre él mismo y en torno a las cuestiones que surgen desde dicha inquietud filosófica, tales como: ¿Qué es el mal? ¿Cuál es su origen? ¿El mal es una substancia o es nada? ¿Procede de un principio malo, de Dios o del hombre? entre otras dudas que pueda suscitar dicha reflexión, se hace manifiesta la necesidad de abordar en primera instancia durante este primer capítulo qué se entiende desde San Agustín por el problema del mal.

Para comprender el planteamiento del filósofo frente al problema del mal es completamente necesario primero que todo contextualizar la manera en cómo San Agustín concibe el mundo y cómo asume el papel del mal en el mismo. En este sentido, este primer capítulo estará dedicado a dicha cuestión, la cual será abordada en tres momentos: En el primero se expondrá cómo está dada desde la concepción del filósofo el orden general del universo; luego se presentará cómo el autor entiende el concepto de Providencia y para finalizar se analizará cómo el hombre quebranta el orden del universo.

Antes de iniciar es necesario tener presente que la tesis de San Agustín frente al problema del mal consiste en afirmar que éste no es substancia, por ende pensar que procede de un dios malo no es acertado; también considera que no nace en ningún momento ni de ninguna manera existe forma alguna que pueda encontrar su origen en Dios. Así las cosas, la aparición del mal comienza a ser rastreada a partir del ejercicio del libre albedrío por parte del hombre, quien al ejecutar su voluntad se aleja de Dios; luego se entiende que el mal es justamente la ausencia de Dios y su Providencia en el ser humano, ausencia generada en las acciones ejecutadas desde el libre albedrío. Lo cual, también puede ser interpretado como que el mal es ausencia del bien, puesto que Dios es el bien absoluto, en este sentido el mal encuentra su origen en la ruptura de la naturaleza humana con el orden divino gracias a las acciones que realiza por poseer libre albedrío.

## 1.1 El orden general del universo

En la reflexión que realiza San Agustín sobre el orden general del universo parte desde Dios como fuente originadora de toda la creación, notándose su íntima afinidad con la propuesta platónica del Uno, en la cual constantemente resalta que todo lo que nace de Él es bueno y perfecto, por ende no hay espacio para el mal<sup>11</sup>. En palabras del Santo se entiende por qué es inconcebible desde su perspectiva el hecho que se pueda hallar el origen del mal en Dios, quien solo es fuente de bien:

La causa del mal, esto es, el origen de la corrupción, la cual de ningún modo puede violar tu substancia, de ningún modo en absoluto; puesto que ni por voluntad, ni por necesidad, ni por ningún caso fortuito puede la corrupción dañar a nuestro Dios, ya que él es Dios y no puede querer para sí sino lo que es bueno, y aun él es el mismo bien, y el corromperse no es ningún bien.<sup>12</sup>

Continúa su descripción en cuanto cómo se va ordenando el universo desde lo supremo hasta lo ínfimo y cómo está relacionado, resaltando que todo tiene una razón de ser que se encuentra en concordancia con la Providencia divina. En la estructura presentada por el filósofo se señalan las situaciones que podrían ser interpretadas como evidencias de la presencia del mal, ante las cuales San Agustín explica que simplemente son causas de otras acciones, realizando una clasificación de las mismas para exponer cómo todas ellas están en correspondencia con la Providencia, por ende aunque en un primer momento se puedan considerar como evidencia del mal, realmente no lo es, debido a que todo encuentra en concordancia con el orden del universo.

Otro aspecto importante que ataca frontalmente San Agustín en cuanto a la reflexión sobre el orden del universo y el porqué de las diferentes situaciones que debe vivir cada ser en el mismo, es el de considerar que éste puede ser “leído” dependiendo de la posición de los astros a través de ciertas fórmulas matemáticas, usando como punto de partida el momento de la concepción o del nacimiento para poder conocer qué depara el hado para ese ser

---

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, Op., cit. Las Confesiones. Libro VII, Capítulo IV, págs. 273 - 275.

<sup>12</sup> *Ibíd.* p. 273.

humano, tal cual lo afirman los astrólogos o los estoicos quienes aseguran implícita o explícitamente que todo lo que sucede en la vida es por voluntad del hado (destino), aceptándose el hecho de que todas las situaciones de la vida ya están predeterminadas o destinadas a ser.

Es de resaltar aquí que a lo que más se opone San Agustín en relación a los estoicos no es tanto en relación a la afirmación de que el hado determina las situaciones que se viven, sino la posibilidad de creer que en algún momento pueda asumirse desde dicha concepción que el hado es la manifestación de la Providencia divina o se encuentra en total sincronía con ésta, ante lo cual va a desarrollar una fuerte argumentación para demostrar porque es equivocado considerar dichas afirmaciones frente al hado y su relación con la Providencia como válidas, todo con el fin de demostrar que nadie puede conocer la Providencia divina antes de su tiempo, excepto Dios.

De esta manera, para comprender la concepción de San Agustín sobre el orden general del Universo es necesario hacerlo en dos momentos: Dios como origen de todo lo bueno y por lo tanto de toda la creación sin dejar espacio para el mal y como ese orden no se encuentra “escrito” en las estrellas, ni está totalmente determinado, tal cual lo afirman los defensores de la fuerza del hado, debido a que el papel de la voluntad cumple un papel vital, sin dejar a Dios todo poderoso el conocer siempre el orden pasado, presente y futuro del universo. Lo anterior lleva a la segunda parte de este capítulo y es analizar el concepto de Providencia divina en San Agustín, con el fin de evidenciar la relación entre dicho concepto con el del mal y continuar así rastreando desde el filósofo ¿Cuál es el origen del mal?

Para San Agustín es válida la propuesta platónica sobre el orden del universo, desde allí parte para explicar cómo se encuentra estructurado dicho orden. Esto lo hace en su texto denominado *Confesiones*, luego de reflexionar intensamente sobre dónde y cómo encontrar la verdad que le permitiría hallar las respuestas a todos los interrogantes ontológicos que lo agobiaban. Tal cual lo describe en el Libro VII del mencionado texto:

[En] ciertos libros platónicos (...) y en ellos leí – no ciertamente con estas palabras, pero sí substancialmente lo mismo, apoyado con muchas y diversas razones – que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios. Y Dios era el Verbo. Este estaba desde el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se ha hecho nada. Lo que se ha hecho es vida en él; y la vida era luz de los hombres, y la luz nace en las tinieblas, más las tinieblas no la comprendieron. Y que el alma del hombre, aunque da testimonio de la luz, no es la luz, sino el Verbo, Dios; ése es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y que en este mundo estaba, y que el mundo es hechura suya, y que el mundo no le reconoció.<sup>13</sup>

Explica el Santo que luego de una reflexión orientada a buscar en su interior la verdad, necesidad que surge en él gracias a la crisis ontológica y existencial que vivía en el momento de escribir las Confesiones al hacer una revisión profunda de los diferentes comportamientos asumidos a lo largo de su vida y reconocerse como pecador, más que limitarse en sentir esas angustias a partir de la situación de hallarse pecador, nace en el Santo la pregunta filosófica que motiva todo este escrito y es justamente en esencia, aunque no con las mismas palabras del filósofo, la siguiente: Si soy pecador es porque en mí hay presencia del mal, pero ¿De dónde proviene el mal si soy creación de Dios y de Él sólo puedo decir que es fuente de bien y perfección? ¿En qué momento llega el mal a habitarme y cómo lo permití?<sup>14</sup>

De esta forma se va haciendo entendible porqué San Agustín siente tanta necesidad de encontrar la verdad, pues ésta le hará libre de sus angustias en tanto que podrá entender con claridad cuáles son las causas de las situaciones que lo agobian y sobre todo podrá hallar la manera de erradicarlas de su existencia de una forma consciente, no limitándose al hecho de no volverlo a hacer, sino sabiendo enteramente por qué no es adecuado hacerlo.

San Agustín continúa explicando que ha podido hallar la verdad gracias a la inspiración Divina o a la guía de Dios en esa búsqueda, que le permitió entender cómo encontrarla. Para ello, fue importante comprender primero que todo el orden del universo, asumir el

---

<sup>13</sup> Ibíd. Libro VII, Capítulo XVII. Pág. 283.

<sup>14</sup> Ibíd. Libro VII, Capítulo XVII, págs. 292 – 293.

lugar que le corresponde a él como ser humano en el mismo, con el fin de reconocer la existencia de Dios y así mismo poder tener la certeza de que es Él quien desde el interior de cada uno se manifiesta a través de la oración y la reflexión guiando a quien lo busca hacia la verdad y todo lo que ella implica.

Retomando la cita anterior en donde San Agustín expresa que las primeras respuestas a sus interpelaciones comenzaron a aparecer al leer los textos de Platón, se hace evidente que para el Santo, el orden del universo se encuentra configurado de la siguiente manera: En el máximo punto de importancia se halla Dios, quien siempre ha estado, resaltando de esta manera su eternidad, a la vez que señala que en Él está el Verbo, siendo éste y Dios uno solo, único y eterno, de quien nacen todas las demás cosas, a la vez que asevera que sin Dios no existe nada que no encuentre su procedencia en Él; luego, en el siguiente grado de importancia se hayan los seres creados por Él, criaturas entre las cuales se encuentra el hombre, el cual, tiene una posición privilegiada debido a que disfruta de la capacidad de razonamiento, característica que le da cierta ventaja sobre las otras criaturas.

Dios, el primero en el orden del universo, por ser el origen de todo lo que es, de todo lo existente, es comprendido por San Agustín como la potencia inconmutable que debe ser entendida como la Verdad, en tanto que su propiedad de inmutabilidad le dan innegablemente dicha característica de Ser verdaderamente. En palabras de San Agustín: “(...) y miré las demás cosas que están por debajo de ti, y vi que ni son en absoluto ni absolutamente son. Son ciertamente, porque proceden de ti, mas no son, porque no son lo que eres tú, y sólo es verdaderamente lo que permanece inconmutable”<sup>15</sup>

Para entender la cita anterior, es importante comprender la íntima relación que resulta entre los conceptos de inconmutable y ser verdaderamente en Dios, para entender porque este es perfecto y por lo tanto de Él solo puede nacer el bien.

---

<sup>15</sup> Ibíd. Libro VII, Capítulo XI, Pág. 287.

Inconmutable hace referencia a lo eterno, a aquel que siempre ha sido, es y será sin importar ningún aspecto temporal o cronológico, a lo que nunca cambia. Justo en esa eternidad que le niega la posibilidad de cambio o mutabilidad y al contrario le otorga una estabilidad de existencia, se halla la verdad, convirtiéndole en una tautología, puesto que ésta tiene por propiedad que nunca cambiará su valor de verdad absoluta, porque de lo contrario, si fuese mudable ya no podría ser completamente verdadera, dando espacio para la falsedad y lo que es falso parcial o totalmente no puede ser propiedad de Dios, pues Él es perfecto y lo mudable es imperfecto justamente por su posibilidad de cambio que así como es, puede dejar de ser, mientras que lo perfecto siempre será y por ende tiene implícito lo bueno.

De esta manera se hace relevante considerar la relación entre el ser y la verdad. En dicha interacción es evidente cómo para San Agustín la verdad que implica el bien y la perfección, es substancia y se encuentra en su más pura esencia en Dios. Es interesante como el filósofo le atribuye implícitamente la necesidad ontológica al concepto de verdad, que a su vez tiene la misma situación frente al concepto de inconmutable.

En palabras más sencillas, para San Agustín, Dios, que es el ser supremo y ocupa el primer lugar de importancia en el orden del universo, es dignísimo merecedor de dicha posición en el orden del mismo en tanto que es inconmutable, lo cual implica que es eterno y por lo tanto siempre ha sido el mismo, es y será, debido que al ser inconmutable se niega su posibilidad de cambio; lo cual conlleva a que Él es fuente de verdad, concepto que intrínsecamente apunta a que es perfecto y bueno; que a su vez genera la necesidad de Ser y ésta a su vez implica la substancia que le reafirma existencia.

Continuando en descenso de las posiciones que siguen el orden de los elementos que existen y conforman el universo, el autor señala cómo se encuentra la creación de Dios contenida en Él, en sus palabras:

“Y miré las otras cosas y vi que te son deudas, porque son; y que en ti están todas las cosas finitas, aunque de diferente modo, no como en un lugar, sino por razón de sostenerlas todas tú, con la mano de la verdad, y que todas son verdaderas en cuanto son, y que la falsedad no es otra cosa que tener por ser lo que no es”<sup>16</sup>

San Agustín al hablar de todas las cosas finitas, está haciendo referencia a todas criaturas: hombres, animales, vegetales y mundo en general. Todas tienen la particularidad de *ser*, de existir, ser sustancia y de poseer intrínsecamente parte de verdad, en tanto que provienen del Ser Supremo, quien es la Verdad absoluta. Más, diferente a Dios, dichas criaturas tienen la propiedad de ser finitas, lo cual las hace susceptibles a ser corrompidas, en tanto que son mutables y por lo tanto: imperfectas. Es justamente esa imperfección y propiedad de mutabilidad la que permite la entrada del mal, como se explicará en el tercer apartado de este capítulo, dedicado a analizar cómo el hombre quebranta el orden del universo y ese quebranto da cabida al mal, el cual es entendido como ausencia del bien. Esto se puede comprender con la siguiente explicación del filósofo frente a las propiedades de las cosas buenas y las malas:

“Son buenas las cosas que se corrompen, las cuales no podrían corromperse si fuesen sumamente buenas, como tampoco lo podrían si no fuesen buenas; porque si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles, y si no fuesen buenas, no habría en ellas qué corromperse. Porque la corrupción daña, y no podría dañar si no disminuyese lo bueno. Luego o la corrupción no daña nada, lo que no es posible, o, lo que es certísimo, todas las cosas que se corrompen son privadas de algún bien. Por donde, si fueren privadas de todo bien, no existirían absolutamente; luego si fueren y no pudieren ya corromperse, es que son mejores que antes, porque permanecen ya incorruptibles (...) luego las que fueren privadas de todo bien quedarán reducidas a la nada. (...) Luego cualquiera que ellas sean, son buenas, y el mal cuyo origen buscaba no es sustancia ninguna, porque si fuera sustancia sería un bien, y esto había de ser sustancia incorruptible - gran bien ciertamente - o sustancia corruptible, la cual, si no fuese buena, no podría corromperse”<sup>17</sup>

Este pasaje es muy importante para entender el problema del mal en San Agustín, a la vez que se va esclareciendo la importancia de comprender el orden del universo según el autor

---

<sup>16</sup> *Ibíd.* Libro VII, Capítulo XIV, Pág. 291.

<sup>17</sup> *Ibíd.* Libro VII, Capítulo XII, Pág. 288.

y su relación con el concepto del mal. Considerando que en todo momento el filósofo apunta a demostrar que el mal no es substancia, la afirmación de que éste procede de Dios queda sin fundamento, debido a que Dios es totalmente substancia, negándose de forma rotunda y tajante la posibilidad de que pueda encontrar su origen en Dios.

Comprendiendo que el mal no nace en Dios, ni es producido por Él en ningún momento, debido a que el mal es simplemente la ausencia del bien, lo cual implica que es ausencia de substancia, de existencia, que es la imperfección absoluta y no puede estar presente en las criaturas al momento de su creación en tanto que su origen es de solo Bien; nacen las preguntas en cuanto a ¿En qué momento se introduce el mal? ¿En qué momento se da la corrupción?

Para responder dichas inquietudes filosóficas es importante resaltar que en el orden del universo según San Agustín, ni Dios, ni su creación contienen maldad; más, la diferencia radica en que esta última – la creación – sí es susceptible de corrupción en tanto que es finita y por ende mutable, características que la hacen propensa a la corrupción, lo cual implica intrínsecamente ausencia del bien y por lo tanto ausencia de Dios, situación que es definida por el filósofo como: El mal.

Así las cosas, se podría afirmar que como la creación es mutable es propensa al mal, hay pruebas de ello en la misma naturaleza como cuando un león le quita la vida a una cebrá para comérsela, mas, San Agustín explica que este tipo de situaciones no son el mal en sí mismo, puesto que en el orden del universo y de acuerdo con la Providencia, es necesario que eso suceda para sobrevivencia del león y equilibrio de especies en la naturaleza, en este sentido las situaciones siempre suceden por una causa, nada es fatal, todo sucede por diferentes causas procedentes de diversas voluntades: de Dios o de los ángeles, movimientos de los animales y la de los hombres, en la cual influye fuertemente su libre albedrío<sup>18</sup>. El concepto de libre albedrío se convierte en clave al estudiar el concepto del

---

<sup>18</sup> San Agustín, “La Ciudad de Dios”, Introducción de Francisco Montes de Oca, México, Editorial Porrúa S.A., 1985, Libro V, Capítulo IX, pág. 111.

mal en San Agustín, puesto que es en esta libertad otorgada por Dios al hombre, en donde el Santo identifica el momento clave en el cual el hombre se aleja de Dios y cae en el mal.

Es necesario detenerse un poco para entender cómo este planteamiento de las voluntades interactúa directamente con el orden del universo y su relación con el concepto del mal. En este sentido, la aparición del mal comienza a ser rastreada a partir del ejercicio del libre albedrío por parte del hombre, quien al ejecutar su voluntad se aleja de Dios, ausencia generada en las acciones realizadas desde el libre albedrío, en este sentido el mal encuentra su origen en la ruptura de la naturaleza del orden divino gracias a las acciones que toma por poseer libre albedrío.

San Agustín, se opone directamente a la práctica de los astrólogos, quienes consideraban que a través de cálculos matemáticos respecto a la posición de las estrellas se podía “leer” lo que tiene deparado el hado para el futuro de la persona que acaba de nacer de acuerdo a la fecha y hora de su nacimiento.

Él considera impertinente el hecho de creer que realmente en las estrellas se puede “leer” la voluntad de Dios o Providencia, incluso es irrisorio aceptar como válida la afirmación de que la simple posición de las estrellas tiene algún tipo de influencia en la vida y sucesos de las personas, para ello usa de ejemplo el caso de los gemelos enfermos:

“Refiere Cicerón, que Hipócrates, habiendo caído enfermos dos hermanos a un mismo tiempo, viendo que su enfermedad en un mismo instante crecía y en el mismo declinaba, sospechó que eran gemelos, de quienes el estoico Posidonio, aficionado en extremo a la Astrología, solía decir que habían nacido bajo una misma constelación, que en la misma fueron concebidos, de modo que lo que el médico decía pertenecía a la correspondencia o semejanza que tenían entre sí por su disposición física, el filósofo astrólogo lo atribuía a la influencia y constitución de las estrellas que se reconoció al tiempo que nacieron y fueron concebidos. En este punto es mucho más creíble y común la conjetura de los médicos, pues conforme a la disposición corporal que tenían los padres, pudieron disponerse los primeros materiales de la generación, de modo que, recibiendo el cuerpo de la madre los mismos principios nutritivos, naciesen los hijos de igual disposición, fuera buena o mala; después, criándose en una misma casa, con unos propios alimentos, sobre cuyas circunstancias dicen los médicos que el aire,

el sitio del lugar y la naturaleza de las aguas pueden mucho para preparar bien o mal el cuerpo y acostumbrándose también a unos mismos ejercicios, es natural tuviesen los cuerpos tan semejantes, que de un mismo modo se dispusieran para estar enfermos a un tiempo y por unas mismas causas; pero querer atribuir la igualdad y semejanza de esta enfermedad a la disposición del cielo y de las estrellas que observó cuando los engendraron o cuando nacieron, siendo muy posible que se concibiesen y naciesen tantos de diverso género y de diferentes afectos y sucesos en un mismo tiempo, en una misma región y tierra colocada bajo un mismo cielo y clima”<sup>19</sup>

Con este ejemplo y una reflexión que continúa a lo largo del libro V, del texto *La ciudad de Dios*, San Agustín argumenta que es desacertado afirmar que el orden del universo está “escrito” o depende de la posición de las estrellas y su relación con la fecha de nacimiento de los humanos, ¿Qué se podría decir del destino de los animales? Dicho desacierto lo sostiene al considerar esas situaciones que viven los hombres en algunos momentos de sus vidas son causados no por la posición de las estrellas, ni la voluntad del hado, sino por condiciones propias de su ambiente en este caso, como también por la interacción de voluntades que han causado dichas condiciones, dando origen a determinada situación, que afectan su vida y en algunos momentos pueden considerarse como manifestaciones del mal, proveniente de un dios o entidad malévolas. Idea que también va a rechazar rotundamente San Agustín debido a que desde su concepción el mal no es substancia y el hecho de admitir que el mal es producto de un dios, ya le daría la substancia que justamente niega, en este sentido presenta muchos argumentos en contra de los maniqueos, quienes sí aceptaban la existencia del dios malvado<sup>20</sup>.

En esa posición, el Santo afirma que la providencia no se puede leer en las estrellas, considerar que el hado es la manifestación de la voluntad divina es prácticamente asumir una mentira, al igual que creer que la influencia de este hado se anuncia en la posición de las estrellas, las cuales niega. Puesto que aunque Dios conoce todo en cuanto al pasado, presente y futuro, no se puede saber qué es lo que él conoce, sólo a la voluntad divina tiene acceso Dios, porque “también nuestras voluntades tanto pueden cuanto supo ya y quiso

---

<sup>19</sup> *Ibíd.*, Libro V, Capítulo II, Pág. 104.

<sup>20</sup> San Agustín, *Op.*, cit. *Las Confesiones*, Libro VII, Capítulo III, Pág. 271.

Dios que pudiesen (...) si yo hubiera de dar nombre de hado a alguna cosa, diría antes que el hado era de la naturaleza inferior, y que puede menos; y que la voluntad es de la superior y más poderosa”<sup>21</sup>.

Es de señalar aquí que cuando San Agustín manifiesta que “si yo hubiera de dar nombre de hado a alguna cosa” previamente ha venido negando su existencia y aquí sólo está diciendo que en caso de admitir que existe, estaría por debajo de Dios en cuanto a poder y lugar que ocuparía en el orden del universo.

De esta manera se va comprendiendo el papel que juegan las causas originadas según San Agustín no en el hado sino en las voluntades. Identificándose tres tipos de causas:

“La causa que hace y no es hecha, o más claro, es activa y no pasiva, es Dios; pero las otras causas hacen y son hechas, como son espíritus creados, y especialmente los racionales. Las causas corporales, que son más pasivas que activas, no se deben contar entre las causas eficientes; porque sólo pueden lo que hacen de ellas las voluntades de los espíritus (...) así, él que sabía todas las causas eficientes de las cosas, sin duda que en ellas no pudo ignorar nuestras voluntades, de las cuales tenía ciencia cierta era causas de nuestras obras. (...) En su voluntad se reconoce un poder absoluto, que dirige, ayuda y fomenta las voluntades buenas de los espíritus criados; las malas juzga y condena, todas las ordena, y a algunas da potestad, y a otras no. Porque así como es Criador de todas las naturalezas, así es dador y liberal dispensador de todas las potestades; no de las voluntades, porque las malas voluntades no proceden de Dios. En atención a que son contra el orden de la naturaleza que procede de él”<sup>22</sup>.

Aquí se puede observar claramente la posición de San Agustín al reiterar que el mal no existe porque no es substancia y no es así porque no nace de Dios, es decir, su origen o mejor, su causa no se haya en Dios. En definitiva, el orden en el universo fue establecido por Dios, pero la causa del mal no la podemos establecer en Dios y sin embargo, vuelve a surgir la pregunta por el origen del mal. En el siguiente capítulo se analizará de qué manera se podría contrastar el orden creado y dispuesto por la providencia divina con la presencia del mal en el mundo.

---

<sup>21</sup> San Agustín, Op., cit. La Ciudad de Dios, Libro V, Capítulo IX, Pág. 111.

<sup>22</sup> Ibíd. Libro V, Capítulo IX, Págs. 110 - 111.

## 1.2 El concepto de Providencia en San Agustín

En la obra “*La Ciudad de Dios*” en el libro V, San Agustín se dedica en todo el capítulo XI a reflexionar sobre el concepto de providencia. En dicho texto se refiere a Dios Trino, Sumo y Verdadero como el hacedor de todas las almas y todos los cuerpos, de quien procede todo bien, mostrando así la providencia como un atributo universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo. Veamos textualmente lo que nos dice a este respecto:

“El sumo y verdadero Dios (...) Creador y Hacedor de todas las almas y de todos los cuerpos, por cuya participación son felices todos los que son verdadera y no vanamente dichosos; el que hizo al hombre animal racional, alma y cuerpo; (...) de quien proviene todo lo que naturalmente tiene ser de cualquier género, de cualquiera estimación que sea, de quien resultan las semillas de las formas y las formas de las semillas, y sus movimientos el que dio igualmente a la carne su origen, hermosura, salud, fecundidad para propagarse, disposición de miembros equilibrio en la salud; y el que así mismo concedió al alma irracional memoria, sentido y apetito, y a la racional, además de estas cualidades, espíritu inteligencia y voluntad; y el que no sólo al cielo y a la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aun a las delicadas telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni a la plumita de un pájaro, ni a la florecita de una hierba, ni a la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes, de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su *providencia* los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres”<sup>23</sup>

Se puede analizar cómo San Agustín el concepto de providencia es concebida por el Santo como el ordenamiento del mundo, Dios es quien ordena el destino y todo lo que hay en el mundo, de Dios proviene todo cuanto existe.

El filósofo hace referencia a la providencia manifestando que existe un sólo Dios, que es el creador del Universo y nada escapa de su poder y acción. El hombre mismo creado a imagen y semejanza de Dios. La marcha del Universo es objeto de especial cuidado por parte Dios.

---

<sup>23</sup> Ibíd. Libro V, Capítulo XI, Pág. 113.

Así pues, la providencia para San Agustín es el orden que Dios, eternamente perfecto, ha establecido en el mundo que él mismo ha creado. Es decir, la providencia es el cuidado que tiene Dios del mundo. Esto es de esta manera en tanto que de Dios, quien es perfecto, surgen todas las cosas. El filósofo considera que la providencia es la permisión de Dios en lo que acontece en el mundo, pues no se cae un pajarillo a tierra sin que Él lo permita, y el Santo interpreta de esta manera la providencia, como este acontecer de Dios en el orden temporal del mundo y de todas las cosas. En otras palabras, podría decirse que todo cuanto sucede es permitido por la providencia de Dios.

Ahora bien, surge la pregunta, si todo es permisión de Dios, considerando que al decir “todo” no se habla de excepción alguna, del mal ¿También podría decirse que es permitido por Dios? En principio podría ofrecerse una respuesta afirmativa a dicha cuestión, en cuanto que Dios le da el libre albedrío al ser humano para que este pueda actuar de acuerdo a su voluntad, y ya se ha dejado claro que cualquier mal que se haya introducido en la realidad ha sido creado o mejor dicho, propiciado por el hombre con su voluntad desordenada que se inclina hacia las cosas superfluas por encima del creador.

Según San Agustín, Dios lo previó todo, y, en otras palabras, la providencia de Dios está en todo. Sin embargo, su previsión no es la causa del mal, porque el conocimiento es suyo, es decir, de la divinidad, no de la criatura. El conocimiento no quita la libertad a la criatura racional. Así las cosas, queda armonizado una vez más el enigma entre la presciencia divina, entendida esta como los atributos divinos de Dios por el cual le son conocidas las personas y determinados los eventos por adelantado y la libertad humana o libre albedrío otorgado al hombre como un don. Se trata de un poder totalmente más allá de la capacidad de comprensión de la mente humana y la libertad humana. Es decir, aunque Dios provee a las criaturas, no les quita su libertad ni su conocimiento, y una vez más, en esta libertad, el hombre puede elegir entre el bien o el mal.

¿Dónde se evidencia la providencia de Dios? Una vez más San Agustín responde que en todo; pero ¿Puede estar en el orden de las cosas del mundo que el hombre ha alterado, es decir, donde se ha introducido el mal? O formulando la pregunta de manera más directa ¿Puede estar la providencia de Dios en el mal que se da en el mundo? San Agustín responderá que no, pero Dios puede sacar bienes de los mismos males. Esto a primera vista pareciera un atrevimiento digno del filósofo. Sin embargo, esta verdad permite hacer la anterior afirmación.

San Agustín considera que si a un hombre le sucede un mal, y Dios lo permite, puede sacar un bien de allí, como hacerlo más perfecto o más virtuoso, o acercarlo a Él, y en este sentido se equilibra el bien con el mal, que aunque Dios no lo envíe, lo permite en su providencia para bien de su creatura. Pareciera una paradoja, pero en Agustín es una realidad, Dios permite el mal para sacar un bien. Esta afirmación se puede entender mucho mejor a través de la siguiente cita:

“Y no crean los malvados que Dios no es omnipotente porque hacen muchas cosas contra su voluntad, puesto que, incluso cuando hacen lo que no quiere, Él hará de todo ello lo que quiere. De ningún modo cambian o vencen su voluntad: ya sea el hombre justamente condenado, ya sea misericordiosamente liberado, siempre se cumple la voluntad del omnipotente. Lo único que no puede el omnipotente es lo que no quiere. Se sirve incluso de los malos, no de acuerdo con su maldad, sino según la propia y recta voluntad. Como los malos se sirven perversamente de su naturaleza buena, es decir, de una obra buena de Dios, así Él, que es bueno, se sirve rectamente de sus buenas obras, de modo que la voluntad del todopoderoso nunca es contraria. Si Él no tuviera en su mano obtener de los malos la justicia y el bien, en ningún modo les permitiría nacer y vivir. No los hizo Él malos, aunque los hizo hombres, puesto que Él creó las naturalezas, no los pecados, que son contra la naturaleza. En su presciencia, sin embargo, no pudo ignorar que serían malos; pero del mismo modo que conocía los males de que ellos iban a ser autores, conocía también los bienes que iba a extraer de aquellos males”<sup>24</sup>.

Se puede observar claramente de qué manera San Agustín explica que Dios obtiene bienes de los males para que al fin se cumpla lo que quiere su bondad y no la mala voluntad de los

---

<sup>24</sup> SAN AGUSTÍN. Obras completas de San Agustín, Volumen 24, Sermones (4°), Sermones sobre los tiempos litúrgicos, Traducción y notas de Pio de Luis, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial católica S.A., 1983, Sermón 214, numeral 3, Pág. 166.

malos. Así las cosas, “la debilidad y la maldad humanas no son causas, pero sí son más que ocasión de que se desborde la bondad divina. Ahí está la relación, no de necesidad, pero sí de conveniencia entre la negatividad tan grande de la conducta humana y la positividad de la divina, mayor aún además de incondicional”.<sup>25</sup> Es decir, aunque la naturaleza del hombre ha sido quebrantada por el desorden, en términos cristianos por el pecado, Dios no abandona al ser humano, sino que se sirve incluso de lo que este puede considerar como mal, para llevarlo hacia sí, para conducirlo a su destino, es decir hacia Él.

Asimismo, el mal que se sufre por algo que sucede en la naturaleza, dice Agustín, se considera como mal por inconveniente, es decir, no agrada porque rompe el orden de las cosas. Por ejemplo: Es un mal para un ser humano sufrir un accidente o es un mal para un ratón que un gato se lo coma. Sin embargo, desde la perspectiva del filósofo, éstos no son males, sino que no son convenientes uno con otro, pero en el conjunto, todos estos eventos siguen el orden establecido por Dios y regido por la ley eterna, que se ha plasmado como ley natural en toda la creación.

Para comprender de forma más acertada el aspecto de la ley natural en toda la creación, es necesario analizar las siguientes reflexiones que hace San Agustín en *La Ciudad de Dios*, Libro V, Capítulo XI, en donde se centra en “La providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo” y en *Confesiones*, Libro VII, Capítulo XIII, en donde afirma que todas las cosas desde el orden de Dios son buenas, así desde la perspectiva del hombre sea algo malo, tema que también aborda en *Ciudad de Dios*:

“El sumo y verdadero Dios Padre, con su unigénito Hijo y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas personas son una esencia, un solo Dios todopoderoso, Criador y Hacedor de todas las almas y de todos los cuerpos, por cuya participación son felices todos los que son verdadera y no vanamente dichosos; el que hizo al hombre animal racional, alma y cuerpo; el que en pecado el hombre no le dejó sin castigo ni sin misericordia; el que a los buenos y a los malos les hizo también ser con las piedras, vida vegetativa con las plantas, vida sensitiva con las bestias, vida intelectual solo con los ángeles; de quien

---

<sup>25</sup> GALINDO RODRIGO, José Antonio. Dios y el sufrimiento humano. Preguntas y respuestas sobre el problema del mal. Madrid: Editorial Encuentro, 2008. Pág. 79.

procede todo género, toda especie y todo orden, de quien dimana la medida, número y peso; de quien proviene todo lo que naturalmente tiene que ser de cualquier género, de cualquiera estimación que sea, de quien resultan las semillas de las formas y las formas de las semillas, y sus movimientos, el que dio igualmente a la carne su origen, hermosura, salud, fecundidad para propagarse, disposición de miembros, equilibrio en la salud; y el que asimismo concedió al alma irracional memoria, sentido y apetito, y a racional, además de estas cualidades, espíritu, inteligencia y voluntad, y el que no sólo al cielo y a la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aun a las delicadas telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni a la plumita de un pájaro, ni a la florecita de una hierba, ni a la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes, de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres”<sup>26</sup>

En el citado capítulo, el filósofo presenta de manera muy explícita y detalladamente como toda la creación se encuentra bajo el amparo, incluso se puede realizar uso de un término más impositivo para describir la situación de la naturaleza en relación a la ley que ordena el mundo: bajo el gobierno y voluntad absoluta de la ley natural de Dios. Esto sucede por dos razones muy sencillas: toda la naturaleza es obra de Dios y se encuentra contenida en Él, por lo tanto debe seguir lo que sus leyes determinen, pues nada sucede sin que Dios en su presciencia no haya concebido ya, además, de que todo desde la mente divina está configurado ya para que sea bueno en su conjunto, así, desde la reflexión humana algunas de las acciones de la naturaleza sean plausibles de ser catalogadas como malas.

Esto también es trabajado por el Santo en *Confesiones*, en donde continúa desarrollando su reflexión frente a la ley natural presente en toda la creación y su relación con el orden establecido por Dios. En el mencionado texto, San Agustín afirma que:

“Porque nada hay de fuera que irrumpa y corrompa el orden que tú le impusiste. Mas en cuanto a sus partes, hay algunas cosas tenidas por malas porque no convienen a otras; pero como estas mismas conviene a otras, son asimismo buenas; y ciertamente en orden a sí todas son buenas. Y aun todas las que no dicen conveniencia entre sí, la dicen con la parte inferior de las criaturas que llamamos “tierra”, la cual tiene su cielo nuboso y ventoso apropiado para sí”<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> San Agustín, Op., cit. La Ciudad de Dios, Libro V, Capítulo XI, Pág. 113.

<sup>27</sup> San Agustín, Op., cit. Las Confesiones, Libro VII, Capítulo XIII, Pág. 289.

Siguiendo el hilo argumentativo de la citada afirmación, se puede tener como ejemplo un accidente que se sufra, aunque se asuma como un mal, dicha fatalidad es permitida por el orden establecido de Dios, en tanto que puede ser útil para madurar en la vida, o para otros beneficios. De igual manera sucede en el ejemplo del ratón y el gato, puede ser un bien para el gato comerse el ratón ya que se alimenta y también un bien para el ratón dejar de existir, pues de esta manera se genera espacio a otros animales para que existan. En consecuencia es comprensible la afirmación de San Agustín de acuerdo a la cita anterior.

No obstante, aunque parece que el Santo soluciona el problema del mal, visto de este modo parece que el mal estaría en concordancia con el bien según las cosas malas que no fueran convenientes entre sí, serían convenientes con otras cosas, no conocidas para los hombres; todo sería entonces permitido por Dios para salvaguardar el orden del universo, y en consecuencia todo está determinado por Dios y no hay libertad. En este sentido se podría afirmar que el mal que realizara el hombre sería entonces un mal necesario. Sin embargo veremos que de ninguna manera Dios manda al hombre a obrar el mal, más aún, no se podría considerar la maldad humana como necesaria en la realidad para equilibrar el bien, como consideran ciertas filosofías orientales. Desde la filosofía agustiniana es claro que el mal es causado por el hombre desde la ejecución de su libre albedrío, y esto de ninguna manera contradice la libertad dada por Dios quien ha destinado al hombre a la salvación, al bien, en este sentido se entiende desde la propuesta agustiniana que el hombre ha sido destinado para conocer, amar y servir al creador.

Empero surge la pregunta respecto a ¿Cómo actúa la providencia de Dios, entendida esta como el accionar de la voluntad divina en favor de su creación, respecto a el mal desbordado, obstinado, el mal que va en contra de otros seres humanos? En principio se presenta como una cuestión filosófica sumamente compleja, mas, es menester recordar que desde San Agustín Dios respeta la libertad humana.

Por otra parte, José Antonio Galindo, comentador de San Agustín, afirma que Dios no puede actuar de modo arbitrario, quedando excluida la omnipotencia de Dios. Sin embargo, la providencia sigue actuando en el orden del universo en favor del ser humano. Dicha afirmación la realiza al manifestar que:

“No sólo no puede contradecirse sino que tampoco puede actuar sin razón ni motivo proporcionado. Podría algunas veces hacer excepciones en las leyes de la naturaleza, pero no lo hará si esto lleva consigo lo negativo de la arbitrariedad. Se lo impide también la perfección de su inteligencia e incluso también la de su voluntad y de su ser”.<sup>28</sup>

Ahora bien, ¿Cómo entender la providencia de Dios en las catástrofes naturales? Muchos se preguntan, y no sin razón ¿Dónde estaba Dios por ejemplo, en el terremoto que padeció Armenia hace unos años, o en el maremoto del golfo de Bengala? La respuesta es clara, se puede rastrear desde Galindo, el comentarista de San Agustín:

“Una vez producida una catástrofe, no por la acción divina, sino por las fuerzas de la naturaleza, Dios estaba allí mismo ejerciendo su providencia, actuando en favor de todos los afectados, obteniendo de los males físicos, bienes de rango superior, como dice tantas veces San Agustín, pero no según el dictamen de nuestras categorías mentales, sino de las suyas, mucho más beneficiosas para nosotros que las mismas nuestras”.<sup>29</sup>

En otras palabras, la providencia de Dios se ocupa de todos los avatares propios de la creación, incluso de los del ser humano, en bien del mismo hombre pese a que exista el dolor producido por el mal, y de este mal físico que pareciera inexplicable, sin embargo, Dios se sirve también para atraer la cooperación de muchos y otras muchas consecuencias que se pueden derivar de este mal en la naturaleza, logrando de esta manera acercar nuevamente las creaturas a Él y de esta manera conduciéndolas a lo bueno y deseable.

---

<sup>28</sup> Galindo, Op., cit. Pág. 58.

<sup>29</sup> *Ibíd.* Pág. 33.

En consecuencia, se puede decir incluso que el mundo está supeditado por Dios al bien integral del hombre, y en este sentido todo lo que sucede en el cosmos, no sólo lo bueno natural, como la lluvia y el sol, sino incluso los fenómenos inesperados, que son concebidos por el hombre como catástrofes y por lo tanto malos, están también supeditados por el creador al servicio del hombre. A primera vista esto pareciera ser un planteamiento paradójico ¿Cómo puede decirse que Dios permite las catástrofes de la naturaleza en bien del hombre? La respuesta a dicha inquietud la otorga San Agustín en *La Ciudad de Dios* al decir que: “Porque los buenos, inclinándose al mal, se habían hecho acreedores a la devastación del diluvio, excepción hecha de un justo, llamado Noé”.<sup>30</sup> Con la explicación de este pasaje bíblico el filósofo pone de manifiesto que incluso en esta catástrofe que fue permitida por Dios, actuó su providencia en favor del hombre, pues si no se hubiera dado el diluvio, el mal habría crecido hasta exterminar al mismo hombre.

En conclusión, desde la propuesta agustiniana, la providencia de Dios es considerada como el orden que Dios ha dispuesto en toda la realidad, en el hombre y en el mundo; ésta dirige el curso de la historia de la humanidad, pese que se den males en el mundo; de éstos, Dios puede sacar bienes. Así lo afirma Agustín en las Confesiones: “Así que de los que no obraban bien, tú sacabas bien para mí; y de mis pecados, mi justa retribución; porque tú has ordenado todo con tu providencia”.<sup>31</sup> Así las cosas, puede afirmarse que Dios no permitiría que hubiera males en el mundo si no fuera para sacar mayores bienes. En efecto, como se ha estado aseverando a lo largo de este texto, para Agustín todas las naturalezas, en cuanto, naturalezas, son buenas, y el mal no es más que la privación de bien.

---

<sup>30</sup> SAN AGUSTÍN. “Obras de San Agustín, Tomo XVII, La ciudad de Dios”, Editor Fray José Moran, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1958, Libro XV, Capítulo VIII. Pág. 1012.

<sup>31</sup> SAN AGUSTÍN, Op., cit. Las Confesiones, Libro VII, Capítulo XIII, Pág. 90.

### 1.3 El hombre quebranta el orden del universo

Constantemente vuelve a resurgir la pregunta ¿De dónde procede entonces el mal? Debido a que aunque si es cierto que se ha hecho una reflexión profunda teniendo como luz la filosofía agustiniana desarrollada con el fin de responder a dicha inquietud filosófica, es entendible que hasta el momento en lo desarrollado en este texto, no se tenga una respuesta concreta y esto debido a que ésta es una pregunta que aquejó no sólo a Agustín sino a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las culturas.

En efecto, partiendo de la experiencia ordinaria de la vida, es evidente para todo ser humano la existencia de una *realidad* que lo confronta, lo atraviesa y lo afecta. Dicha realidad se presenta con variados rostros tales como el dolor, la injusticia, la enfermedad, las catástrofes y finalmente bajo la cara cruda e inevitable de la muerte. Ahora bien, a esos rostros de la realidad se les ha denominado clásicamente con el término de mal. Pareciera que dicha realidad acompaña la existencia humana y afecta a su mundo desde siempre. Sea cual sea la forma de manifestarse y afectar al hombre, naturalmente todos sienten un rechazo espontáneo hacia él. Desearían no padecerlo y que no existiera en absoluto. El ser humano no ha podido acostumbrarse a vivir con él, con el mal, a pesar de que no puede librarse de su presencia y efectos.

Es por ello que el hombre no deja de preguntarse por la naturaleza y origen de este misterio que envuelve su existencia. Las respuestas a dichos interrogantes vienen y van en todas las culturas, sistemas de pensamiento, filosofías y doctrinas religiosas. Ahora bien una de las aseveraciones tradicionales en esta reflexión ha sido la de la afirmación de la existencia del Dios personal bueno y omnipotente, predicado por la fe cristiana a la vez que reconoce la existencia inexorable del mal. La existencia de este último para muchos se convierte en la prueba de la inexistencia de Dios. Para otros la existencia del mal, reclama necesariamente la existencia del Ser Divino. Sin embargo, desde la propuesta agustiniana ya se ha visto que el mal carece de ser, es decir, no existe en sí mismo, empero nos salta a la vista en los males concretos. ¿De dónde surge el mal? San Agustín respondería que del desorden

introducido por el hombre. Así las cosas, el mal en general es consecuencia del mal moral que el hombre permite, que el hombre genera.

El orden del universo fue establecido por la providencia divina con una armonía perfecta, pero el hombre con su libre albedrío, concepto que será desarrollado a mayor profundidad en el segundo capítulo de este texto, quebrantó este orden, lo alteró introduciendo el mal en el mundo, inclinándose hacia las cosas creadas de manera desbordada, dejando al creador, optando egoísta y cómodamente por aquellos bienes pasajeros que desvían el corazón humano del verdadero bien, convirtiéndose el hombre cada vez más en un ser egoísta y utilitario, quebrantando de esta manera el orden de la realidad establecida por Dios.

Ahora bien, surge aquí una dificultad respecto al libre albedrío que puede comprenderse inicialmente desde el Santo como la capacidad de elección que Dios le dio al hombre, pues:

“Si el hombre careciese del libre albedrío de la voluntad, ¿cómo podría darse aquel bien que sublima a la misma justicia, y que consiste en condenar los pecados y en premiar las buenas acciones? Por qué no sería ni pecado, ni obra buena lo que se hiciera sin voluntad libre. Y, por lo mismo, si el hombre no estuviera dotado de voluntad libre, sería injusto el castigo e injusto sería también el premio. Necesariamente debió pues dotar Dios al hombre de libre albedrío”.<sup>32</sup>

Sin embargo, surge un problema, pues aunque el libre albedrío es necesario, también se reconoce que el libre albedrío la capacidad que le permite al hombre actuar mal, y si esto es así nace la pregunta ¿Dios es el culpable de que el hombre actué mal al darle el libre albedrío? ¿Por qué se lo dio? y ¿Por qué puede entregarse al mal si es dado por Dios? En consecuencia, Dios sí sería el autor del mal, ya que el libre albedrío, que procede de Dios lleva a obrar el mal.

---

<sup>32</sup>SAN AGUSTÍN. “Obras de San Agustín, Tomo III, Del Libre Albedrío”. Versión, Introducción y notas de los padres Fray Victorino Capanaga y Otros, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1963, Libro II, Capítulo I, Pág. 249.

Sin embargo, desde la perspectiva agustiniana esto es inviable, dado que el libre albedrío según San Agustín, es una perfección del hombre que le hace superior a todas las demás criaturas, es decir, es un bien para el hombre, pues aunque cometa el mal, es mejor poder elegir hacer el mal, que hacer el bien sin poderlo elegir. Y esta facultad es un bien que le ha sido dado al hombre, y el fin de éste es el permitir que el hombre pueda vivir rectamente. De hecho, el hombre sin el libre albedrío no puede vivir rectamente, si no tuviera libre albedrío, sería una máquina de Dios, determinado solamente para hacer el bien. El libre albedrío, según el autor, es la capacidad que tiene el hombre de usar de los demás bienes e incluso, del mismo libre albedrío, y por ende, es también la facultad que le permite abusar de los demás bienes, pero es mejor tenerlo que no tenerlo.

En consecuencia, Dios aunque dotó al ser humano de libre albedrío, no es por ello autor del mal, pues el mal lo genera el hombre, rompiendo el orden establecido por y con Dios en la naturaleza. El mal, como se ha sostenido a lo largo de este escrito, es la ausencia de bien a la que tienden los hombres. Para San Agustín, cuando el hombre opta por el mal, por medio de su libre albedrío, opta por aquello que no procede del Sumo Bien que es Dios: “Se peca cuando por una inclinación inmoderada a [las cosas creadas] — no obstante que sean bienes ínfimos — son abandonados los mejores y sumos, como eres tú, Señor, Dios nuestro; tu Verdad y tu ley”.<sup>33</sup> Es decir, el mal realizado por el hombre, no está ni siquiera en el pensamiento de Dios, es creación humana, pues el hombre por medio de su libre albedrío tendió de suyo hacia los bienes ínfimos, a la nada y por ende se desvió y obró el mal, no porque Dios lo quisiera, sino que le dio libertad al hombre.

Se ve en consecuencia que el hombre alteró el orden natural de las cosas al optar por las criaturas ínfimas, que pueden ser entendidas como aquellos elementos o situaciones que de alguna manera esclavizan al hombre y lo deshumanizan, como por ejemplo el amor al dinero, a las compras impulsivas de elementos que en realidad no necesita, pasando incluso por encima de otro ser humano con el fin último de conseguir aquella criatura ínfima que le causa un efímero placer, razón por la cual requiere constantemente acceder a ello, lo cual le

---

<sup>33</sup> San Agustín, Op., cit. Las Confesiones, Libro II, Capítulo V, Pág. 120.

provoca la esclavitud previamente mencionada. De esta forma se va dañando su corazón e introduciendo el mal en el mundo. Ahora bien, el problema según San Agustín no es que se encuentren atractivas las cosas creadas, pues efectivamente son para el hombre, el problema es la desviación del corazón humano que las encuentra más atractivas que al Creador. De esta manera, se introduce en el corazón humano, o mejor, en la condición humana todas las demás desviaciones morales como la envidia, el deseo incontrolado de poder, de placer, la mentira, el robo, el asesinato, y todas aquellas actitudes y actos humanos que tradicionalmente se han considerado como incorrectas, o moralmente censurables, salvaguardando que no se habla aquí de una moral universal, sino que aquellas concepciones varían en algunos casos drásticamente de un contexto sociocultural a otro.

San Agustín insiste una y otra vez que la naturaleza no es causante del mal, en efecto, el mal procede de la mala voluntad del hombre, la cual no está conforme a la naturaleza, así lo afirma en su obra *Del Libre Albedrío*: “Si la voluntad fuera conforme a la naturaleza, la conservaría y no le sería nociva, y, por tanto, no sería perversa. De donde se infiere que la raíz de todos los males no está en la naturaleza. Y esto es suficiente por ahora contra todos los que quieren hacer a la naturaleza responsable del mal”<sup>34</sup>. Ahora bien, a esta mala voluntad del hombre, San Agustín la llama concupiscencia, la cual es entendida en la filosofía del Santo como un desorden de la voluntad, como un instinto de perpetuación que empuja al ser humano hacia abajo, hacia los bienes efímeros. Así por ejemplo, el deseo de bienes materiales o de dinero es en sí bueno, pero cuando se convierte en una obsesión o deseo excesivo e incontrolable se altera el orden establecido por Dios y se convierte en un deseo depravado por el cual nacen los demás males, a este deseo desordenado por lo material por ejemplo, Agustín lo llama avaricia y la equipara a la concupiscencia:

“Ahora bien, la avaricia, que en griego se llama φιλαργυρία, amor a la plata, no tiene sólo por objeto este metal, del cual ha tomado principalmente su nombre, porque las monedas entre los antiguos eran de plata pura o en aleación con otro metal, sino que tiene también por objeto todas las cosas que se desean con apetito desordenado; la avaricia se halla en todo aquel que desea más de lo que es

---

<sup>34</sup> San Agustín, Op., cit. *Del Libre Albedrío*. Libro III, Capítulo XVII, Pág. 377.

suficiente, y esta avaricia es la concupiscencia, y la concupiscencia es la voluntad depravada. Luego la mala voluntad es la causa de todos los males”<sup>35</sup>

Así pues, es claro desde la perspectiva de San Agustín que la causa del mal está en la voluntad desordenada del hombre, y sólo a este se le ha de imputar el mal, porque “no se puede imputar con razón el pecado sino al que peca, y no sé yo a quién se le va a imputar con razón sino al que voluntariamente peca, y por eso no me explico por qué tú te empeñas en buscar esta causa fuera de la voluntad”<sup>36</sup>

En definitiva, el hombre ha quebrantado con su voluntad desordenada el orden del universo, el orden de la realidad, y una vez más, no se puede buscar la causa del mal en otra entidad que en el mismo hombre. Éste ha sido creado por Dios con su voluntad libre, o mejor dicho desde el filósofo: Con su libre albedrío, pero ha trastocado su voluntad al inclinarse sólo por las creaturas de modo excesivo en vez del creador, optando o mejor generando en la mayoría de las veces el mal. En este sentido, Dios ha puesto en las manos del ser humano uno de los mejores dones, el libre albedrío, empero, esto encierra también una gran paradoja, la posibilidad de obrar y escoger el mal. Así las cosas, la libertad humana se convierte en el ser humano en un arma de doble filo, posibilidad de posibilidades, dirán los contemporáneos, posibilidad de escoger el bien, o de escoger el mal.

---

<sup>35</sup> Id.

<sup>36</sup> *Ibíd.* Pág. 378.

## CAPÍTULO II

### EL MAL MORAL

El problema del mal ha sido el protagonista de la reflexión filosófica durante muchos siglos. Tal cuestionamiento ha inquietado al hombre a lo largo de la historia. El análisis que ha realizado el ser humano para comprenderlo se ha abordado principalmente desde el campo de la filosofía, pero también desde otras perspectivas como: teológicas, morales y antropológicas; coincidiendo generalmente en la concepción del mal como algo adverso y contrario a la realidad, a la naturaleza, como aquello que se opone al bien y que por ende causa algún tipo de daño o sufrimiento a quien lo padece. En este sentido el mal es comprendido como un problema grave y profundamente humano que trae frustración y desconcierto en la vida del hombre, configurando un problema moral que contradice incluso la razón, pues en ocasiones el mal se presenta como algo casi inexplicable. Sin embargo:

“El mal es una realidad admitida y sopesada en la historia del pensamiento, se le ha considerado como contrariedad, como adversidad de la misma realidad. La antigua Grecia lo consideró una defectuosidad o deformidad; para Platón, el problema del mal está unido a la noción del error particular e individual, es decir a la ignorancia, ya que el individuo es imperfecto a sí mismo, pues no posee la ciencia, de esta manera, el mal es un problema de no conocimiento del bien”<sup>37</sup>

Así las cosas, también se puede concebir el mal como un problema epistemológico y pragmático en tanto que se encuentra íntimamente vinculado al error del individuo. En la historia de la filosofía diversos autores se han interesado por el problema del mal: Platón, Epicuro, San Agustín, Santo Tomás, Hume, Leibniz, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Ricoeur, entre otros. Mas, para efectos del presente texto, considerando que es la base filosófica principal de toda esta reflexión sobre el mal, se continuará concentrando la

---

<sup>37</sup> FUENZALIDA, Claudio. “El problema del mal. Acercamiento filósofo – ético y religioso”, en [http://www.cirab.cl/index.php?option=com\\_content&view=article&id=47:el-problema-del-mal&catid=39:etica-y-moral-cristiana&Itemid=75](http://www.cirab.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=47:el-problema-del-mal&catid=39:etica-y-moral-cristiana&Itemid=75) Consultado el 5/6/2017.

atención en el filósofo cristiano San Agustín, quien afirma que el mal proviene del interior de cada hombre. De esto se deduce que el ser humano es la causa del mal cuando se aleja de la voluntad divina, por lo tanto, el mal no proviene de Dios sino del hombre.

En la primera parte de este texto, Capítulo I: *El mal en el orden del universo*, se abordó directamente la reflexión filosófica sobre el problema del mal desde el filósofo cristiano San Agustín, comenzando por la interpretación que hace el santo del mal frente a la reflexión de ¿Cuál es el orden del universo? y en dicho orden ¿Cuál es la posición del mal en la creación de Dios? Todo esto con el fin de contextualizar y hacer comprensible la respuesta que el autor ofrece frente a la pregunta filosófica que se pretende resolver a lo largo de esta reflexión y es ¿Cómo San Agustín concibe el mundo y cómo asume el papel del mal en el mismo?

Lográndose entender la tesis principal de San Agustín en donde afirma tajantemente que el mal no es substancia, por lo tanto, el aceptar que viene de un dios malo no es acertado; y de igual manera es errado tener por cierto que nace o se encuentra su origen en Dios. Así las cosas, se comprende el vuelco que realiza el filósofo al buscar el origen del mal en el hombre mismo, en donde la aparición del mal es identificada a partir del uso del libre albedrío por parte del ser humano, quien al ejercer su voluntad se aleja de Dios. Luego de dicha reflexión el santo va hallando los argumentos para plantear sólidamente que el mal es justamente la ausencia de Dios y su Providencia en el ser humano, ausencia generada en la ruptura que se da en la relación entre Dios y el hombre a causa de las acciones ejecutadas por este último desde el ejercicio de su libre albedrío, atributo dado por Dios al hombre.

A manera de síntesis respecto a lo analizado en el capítulo I, se puede afirmar desde el filósofo que el mal es ausencia del bien, puesto que Dios es el bien absoluto, lo que conlleva a identificar el origen del mal en la ruptura de la naturaleza humana con el orden divino, división que se da por la realización voluntaria de las acciones del ser humano que lo alejan de Dios, debido al uso inadecuado que hace del libre albedrío, don que Dios le otorgó al permitirle al hombre poseer el gobierno autónomo y libre sobre su voluntad.

Así pues, es menester en este segundo capítulo dedicarse a la profundización sobre el mal moral desde la perspectiva de la filosofía agustiniana, en tanto que hasta el momento lo que se ha hecho simplemente contextualizar los argumentos que usa el santo para sostener la tesis mencionada arriba en diferentes momentos de su argumentación y su reflexión filosófica.

De esta manera surge la necesidad de dedicar el presente capítulo al mal moral como tal desde la perspectiva agustiniana.

Para que dicho análisis sea efectivo, es pertinente hacerlo en cuatro momentos específicos, los cuales constituyen los apartados correspondientes al presente capítulo, a saber:

Primero, Dios y el origen del mal. Comprender la reflexión filosófica de San Agustín e identificar los argumentos que demuestran cuál es la concepción que el autor tiene sobre: Dios y el Mal. Entendiendo porqué para el filósofo, Dios es solo bien, lo cual implica necesariamente que al ser Dios totalmente bueno, solo puede ser fuente de bien, propiedad que implícitamente lo hace perfecto, al concederle la característica de incorruptible y por ende de eterno, en tanto que siempre permanece inalterable en su bien.

Luego, el mal encuentra su origen en otro lugar que no es Dios, lo cual suscita otras preguntas como ¿Cuál es ese otro lugar donde nace el mal si no es en Dios mismo? ¿Qué provoca ese nacimiento? ¿Dónde y cuándo se produce? Incluso ¿Quién y cómo estimula dicho nacimiento?

Siguiendo de esta manera al segundo apartado, en el cual se aborda el problema del mal y el papel del libre albedrío. Al comprender de donde surge el mal, es necesario tener presente su definición desde la perspectiva agustiniana, tal cual se ha definido en el primer apartado, para continuar respondiendo a las cuestiones de ¿Quién y cómo estimula el origen del mal? A la vez que se va estableciendo la interrelación que existe entre el don que posee el hombre, denominado libre albedrío, (en el cual la voluntad va a jugar un papel

importantísimo al momento de hacer un uso acertado del mencionado don otorgado por Dios al hombre) y el mal en sí.

Tercero, El mal se hace de manera voluntaria. Es importante resaltar y tener completamente claro que desde la perspectiva agustiniana Dios no es el autor del mal y que por ende este último no posee substancia. Por lo tanto, es inadecuado considerar que proviene de alguna entidad malvada, tal como lo aceptaban los maniqueos. Los argumentos para sostener eso se han sido rastreados en los dos primeros apartados de este segundo capítulo. Sosteniéndose en este tercer apartado que el mal nace en las acciones inadecuadas ejecutadas por los hombres desde su voluntad, sobre la cual tienen pleno dominio debido al poder del libre albedrío dado por Dios, en donde el ser humano es completamente autónomo al momento de tomar la decisión de ejecutar determinada acción que lo puede alejar o acercar a Dios, dependiendo, por supuesto del tipo de acto que se lleve a cabo.

Finalmente el cuarto apartado está dedicado al problema de la libertad en relación con Dios. Se analiza ¿Cómo la soberanía absoluta sobre la voluntad, entendida como libre albedrío afecta positiva o negativamente la relación del ser humano con Dios? En tanto que, desde la perspectiva del santo, el mal nace desde el mismo hombre. Pareciera que la relación con Dios depende en gran parte de la voluntad del ser humano de acercarse o alejarse de Él, puesto que Dios, quien es perfecto, eterno e inmutable siempre está dispuesto a tener una buena relación con sus creaturas, teniendo siempre para ellas todo el bien posible de acuerdo a su providencia.

## **2.1. Dios y el origen del mal**

Antes de entrar directamente a definir los dos conceptos fundamentales a analizar en este primer apartado, desde el planteamiento filosófico de San Agustín, a saber: Dios y el Mal; es importante tener siempre presente que el objetivo o meta final del Santo al momento de desarrollar su filosofía es demostrar que Dios es solo bien, por lo tanto, puede ser concebido como origen de todo lo bueno y exclusivamente de lo que tenga o se encuentre relacionado con el bien. Dicha característica de ser el creador de todo lo bueno le otorga implícitamente unas propiedades, como por ejemplo: si es fuente de bondad es porque Él es

la bondad pura y al ser el solo Bien conlleva necesariamente a que sea un ser perfecto. Dicha perfección se hace comprensible al reconocer en Dios las características de incorruptible y por ende de eterno, en cuanto a que su bien es inmutable. En este sentido, es necesario que el autor busque el origen del mal en otro lugar que no es Dios y antes de buscar el espacio donde nace el mal, es menester definir el mal mismo.

Así las cosas, es acertado primero que todo retomar lo expuesto en el capítulo I acerca de Dios, para continuar con la reflexión, análisis y ampliación de la comprensión del Ser divino desde el punto de vista de San Agustín y finalmente concentrar este ejercicio filosófico en el concepto del mal en sí mismo, incluyendo por supuesto las respuestas a las inquietudes de ¿Qué se puede entender por el mal? ¿Dónde se origina el mal?

En el Primer capítulo del presente texto, se señala la concepción que tiene San Agustín acerca de Dios como punto de partida o principio de toda la creación, lo cual posiciona al Ser Supremo en el máximo lugar de importancia en el orden del universo desde la perspectiva agustiniana, concepción que como se ha dicho anteriormente encuentra su base teórica en Platón, puesto que de Él, es decir, de Dios, nace todo lo que en el universo existe. Además de ser creador, Él es ordenador de su creación, en este sentido afirma el filósofo que todos los seres creados aunque sean unos más ínfimos que otros, tienen una función y una razón de ser para que en el conjunto y el engranaje de la creación todo sea perfecto, siendo de esta manera absolutamente todo concordante con establecido o mandado por la providencia divina mediante la ley natural.

Si bien es cierto que algunas acciones de unas creaturas de la naturaleza respecto a otras en un primer momento se pueden asumir como evidencia de maldad, tal como lo reconoce San Agustín en su reflexión y como se ha analizado desde el capítulo anterior a luz del pensamiento del mencionado filósofo, dichas acciones no son malas en sí mismas, esto lo continúa reconociendo el filósofo al ir desarrollando su planteamiento, pues corresponden a la articulación que ha dispuesto la providencia de todas las creaturas para que el todo de la creación sea perfecto. En este sentido, en principio es un mal para un ratón que un gato se

lo coma, sin embargo, para San Agustín, éstos no son males, sino que son acciones que no son convenientes unas con otras si se analizan o toman de manera individual, pero en el conjunto o viéndolas de manera articulada con el resto de la naturaleza, todas ellas siguen el orden establecido por Dios y regido por la ley eterna, que se ha plasmado como regla en toda la creación:

“Y ciertamente para ti, Señor, no existe absolutamente el mal; y no sólo para ti, pero ni aún para la universalidad de tu creación, porque nada hay de fuera que irrumpa y corrompa el orden que tú le impusiste. Mas en cuanto a sus partes, hay algunas cosas tenidas por malas porque no convienen a otras; pero como estas mismas convienen a otras, son asimismo buenas; y ciertamente en orden a sí todas son buenas”<sup>38</sup>

Así las cosas, volviendo al ejemplo del ratón, no se podría considerar un mal que el gato se lo coma, en tanto que el cuerpo del ratón sirve de alimento al gato, a la vez que también funciona como una estrategia de control de la población de los ratones y por lo tanto es desafortunado catalogarlo como evidencia de la presencia del mal en la creación.

Aunque en el primer capítulo se analizaron diversas características de Dios en cuanto a la posición de Éste en el orden del universo creado por Él, es necesario continuar indagando de forma un poco más profunda, por supuesto desde la perspectiva agustiniana ¿Quién es Dios? o al menos lograr una aproximación a la idea de Dios, que como se ha mencionado en varios momentos, es el ser más perfecto y puro en cuanto a que es solo bien.

Gracias a la reflexión realizada en el anterior capítulo, es sabido que Dios es eterno, en tanto que siempre ha estado. Dicha eternidad le otorga la característica de ser inmutable, puesto que siempre permanece, nunca cambia, perpetuamente ha sido, es y será. Aquella propiedad de inmutabilidad le dan al Ser Supremo de manera contundente la capacidad de ser comprendido como la Verdad, de ser asumido como Ser verdaderamente. También se sabe que en Él está el Verbo, lo cual significa que Dios es: Uno solo, único y eterno, de quien nacen todas las demás cosas, en palabras de San Agustín:

---

<sup>38</sup> San Agustín, Op., cit. Confesiones. Libro VII. Cap. XIII. Pág. 289.

“Dios como la cosa más excelente que se puede decir ni pensar, es el verdadero y sólido principio de la religión, pues no tiene esta idea óptima de Dios quien no crea que es omnipotente y absolutamente inmutable, creador de todos los bienes, a todos los cuales aventaja infinitamente, y gobernador justísimo de todo cuanto creó, y que no necesitó de cosa alguna para crear, como si a sí mismo no se bastara. De donde se sigue que creó todas las cosas de la nada, mas no de sí mismo, puesto que de sí mismo engendró sólo al que es igual a Él, y a quien nosotros decimos Hijo único de Dios, y al que, deseando señalar más claramente, llamamos “Virtud de Dios” y “Sabiduría de Dios”, por medio de la cual hizo de la nada todas las cosas que han sido hechas”<sup>39</sup>.

Es menester recordar las implicaciones que conlleva asumir a Dios como inmutable y ser verdaderamente, puesto que al comprenderlo de dicha forma se revela la validez de la tesis de San Agustín en donde afirma que el Ser supremo es sólo bien y que por lo tanto no tiene ninguna relación con la creación, nacimiento o existencia del mal, todo ello, porque Dios es perfectísimo y por ende de Él solo puede proceder lo bueno.

Según lo estudiado hasta el momento en el desarrollo de esta reflexión frente al mal, se ha visto cómo el concepto de inmutable implica o lleva consigo la propiedad que le permite a Dios siempre ser, sin verse perturbado o transformado así sea ínfimamente en lo que concierne a cualquier aspecto de su ser, siendo lo inmutable aquella característica que le hace *ser* siempre a través del tiempo, que le permite permanecer inalterable en toda la extensión de lo que puede comprenderse por eternidad. Evocando de esta manera la propiedad concerniente a lo eterno, imperturbable ante cualquier posibilidad de abatimiento por cuestiones temporales o cronológicas, implicando lo inmutable aquel rasgo que le permite preservarse siempre al negarle la posibilidad de cambio.

Como bien se ha venido observando desde el inicio de esta reflexión, es relevante la característica de inmutabilidad reconocida en Dios debido a que ésta le asigna esa eternidad arriba mencionada, la cual trae consigo la estabilidad de su existencia como tal, en cuanto

---

<sup>39</sup> San Agustín, Op., cit. Del Libre Albedrio. Libro I, Capítulo II, Pág. 255.

que ha sido siempre igual, debido a que no es posible cambio alguno en Él, justamente por esa propiedad.

Dicha estabilidad es la razón de fondo para comprender a Dios como la verdad misma, la tautología, innegable e irrefutable. Esto cobra sentido al comprender que al ser Dios inmutable, nunca podrá variar, ni siquiera en lo más minúsculo su valor de verdad absoluta. Si se descubriese que por alguna razón hay espacio para la mutabilidad en Dios, automáticamente perdería su propiedad de inmutable y por ende de verdad absoluta, debido a que ya no sería completamente verdadero, dando espacio para la falsedad y lo que es falso parcial o totalmente no puede ser propiedad de Dios, pues Él es perfecto y lo mudable es imperfecto justamente por su posibilidad de cambio que así como es, puede dejar de ser, mientras que lo perfecto siempre será y por lo tanto encuentra su fundamento en el bien mismo. Desde San Agustín esto puede leerse de la siguiente manera:

“Él es verdaderamente, porque es inmutable. Todo cambio o mudanza hace no ser a lo que era. Por tanto, aquél es verdaderamente el que es inmutable, y las demás cosas que por él han sido hechas, de él han recibido el ser, según su modo y medida. Síguese que el sumo o soberano Ser tan sólo puede tener como opuesto al no ser, y por eso, así como por él existe todo lo que es bueno, así también por él todo lo que es naturalmente es o toda naturaleza, porque todo lo que naturalmente existe es bueno. Como toda naturaleza es buena y todo bien procede de Dios, conclúyase que toda naturaleza proviene de Dios”<sup>40</sup>

Así las cosas, se hace comprensible la íntima relación entre la verdad que se asume como la más pura esencia de Dios, permitiéndole ser perfecto y lo hace Ser y justamente este aspecto que lo hace Ser en sí. Reconociéndose una obligatoriedad de relación ontológica entre los dos conceptos de verdad y de inmutable, así mismo, se relaciona perfectamente el bien con la verdad.

---

<sup>40</sup> SAN AGUSTÍN, “De la Naturaleza del Bien. Contra los maniqueos”. En: Obras completas. Vol. III, Introducción y notas P. Mateo Lanseros, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1956. Pág. 997.

Para resumir lo observado de Dios a través del planteamiento filosófico agustiniano a lo largo del capítulo I del presente texto, se puede resaltar que Dios es el Ser supremo puesto que primero que todo es creador de todo el universo; además, su inmutabilidad, es decir, su eternidad le implica permanencia, lo cual conlleva, entre otros aspectos, el hecho de que sea evidente la validez de la tesis de que Dios también puede ser asumido como fuente de verdad, lo cual apunta a algo más profundo y es el hecho de que Dios es un ser perfecto y por lo tanto sólo queda para Él la característica de ser bueno, es decir: de bien verdadero, por ende no hay espacio, ni ocasión para que Dios sea el creador del mal. La indagación que se puede suscitar a partir de esta consideración es planteada por San Agustín de la siguiente manera:

“Creemos que hay un solo y único Dios y que de Él procede todo cuanto existe, y que, no obstante, no es Dios el autor del pecado. Turba, sin embargo, nuestro ánimo esta consideración: Si el pecado procede de las almas que Dios creó, y las almas vienen de Dios ¿Cómo no referir a Dios el pecado, siendo tan estrecha la relación entre Dios y el alma pecadora?”<sup>41</sup>

Antes seguir con la línea argumentativa de San Agustín para entender la respuesta que da a dicha cuestión sobre la relación entre Dios y el mal, es necesario hacer un alto en el camino y tener completamente claro lo que el Santo pretende demostrar o decir acerca de Dios, según Lanseros:

“El argumento o tesis general puede reducirse a estos puntos: a) Dios es el sumo ser y el sumo bien; b) todo lo creado, material o inmaterial, viene de Dios; c) la bondad de las criaturas consiste en el modo, en la belleza y en el orden: *modus, species et ordo*”<sup>42</sup>

Respecto a la primera afirmación de que Dios es el sumo ser y sumo bien, ya se ha estado realizando una reflexión exhaustiva hasta el momento a la luz de la propuesta filosófica agustiniana. En cuanto a Dios como bien y creador de todo el universo, Lanseros lo sintetiza así: “Dios es inmutable por naturaleza y que es el sumo o soberano Bien; que todas

---

<sup>41</sup> San Agustín, Op., cit. Del Libre Albedrío. Libro I, Capítulo II, Pág. 253.

<sup>42</sup> San Agustín, Op., cit. De la Naturaleza del Bien. Contra los maniqueos. Libro I, Capítulo II, Pág. 977.

las demás naturalezas, sean espirituales o corporales, vienen de él, y todas, en cuanto naturalezas, son buenas”<sup>43</sup>

Referente a la cuestión realizada por el Santo y mencionada arriba sobre ¿Cómo no referir a Dios el pecado, siendo tan estrecha la relación entre Dios y el alma pecadora? El filósofo en el desarrollo de todas sus disertaciones ofrece argumentos para defender rotundamente a Dios y excluirlo de cualquier responsabilidad o situación que lo ubiquen como creador u origen del mal. Una de esas manifestaciones en defensa de Dios, la da al afirmar con toda la convicción propia de un cristiano, tal cual lo era San Agustín al momento de abordar ese problema filosófico del mal, que Dios es indiscutiblemente un ser solo de bondad y por lo tanto no hay espacio ni posibilidad de mal en Él, se da por parte del autor en muchos momentos, uno de esos es cuando expresa que:

“Siendo Dios bueno, como tú lo sabes o crees –y ciertamente no es lícito creer lo contrario–, es claro que no puede hacer el mal. Además, si confesamos que Dios es justo –y negarlo sería una blasfemia–, así como premia a los buenos, así también castiga a los malos; y es indudable que las penas con que los aflige son para ellos un mal. Ahora bien, si nadie que padece, padece injustamente, como nos vemos obligados a confesar, pues creemos en la Providencia divina, reguladora de cuanto en el mundo acontece, síguese que de ningún modo es Dios autor del primer género de mal, y sí del segundo”<sup>44</sup>

En el anterior pasaje se aborda el problema del mal. Si bien es cierto que Dios no tiene nada que ver con su origen, sí tiene que ver desde la perspectiva del Santo con la administración de su justicia. Mas, por la complejidad del tema mismo de Dios como administrador de la justicia en la creación, digna de otra monografía de grado, sólo se resaltará aquí que Dios recompensa a quien comete el bien dando justo premio y a quien se inclina al mal su respectivo castigo, no por ello es creador del mal, puesto que el castigar el mal no constituye de alguna manera mal en sí mismo, debido a que al dar sanción al pecador simplemente le está otorgando lo que éste por la voluntad de sus actos ha elegido. En este sentido el ser humano es el único responsable de recibir por parte de Dios premio o

---

<sup>43</sup> Id.

<sup>44</sup> San Agustín, Op., cit. Del Libre Albedrio. Libro I, Capítulo I, Pág. 249.

reprensión, pues Él siendo justísimo, da a cada quien lo que merece, de acuerdo con la realización de los actos realizados y la ejecución de dichas acciones dependen netamente del hombre, quien a partir del ejercicio libre de su voluntad se inclina hacia el bien o al mal.

San Agustín ofrece una respuesta frente al origen del mal, en donde atribuye toda la responsabilidad de dicho nacimiento a las acciones indebidas del hombre. Es interesante notar aquí que el mal no nace en el hombre en sí, sino que es el resultado de las acciones desacertadas del ser humano que lo alejan de Dios, por ende, provocan carencia de Dios en él, lo cual es entendido por el Santo como mal moral. Dicho énfasis en el tipo de mal se da porque el filósofo realiza una distinción entre lo que se puede entender como mal físico y mal moral, distinción que se abordará más adelante.

“El hombre, como todo ser, está sometido a una ley eterna e inmutable, la cual no debe traspasar; no obstante, acosado por el apetito de bienes o placeres, prohibidos por esa misma ley, el hombre abandona a veces ésta por seguir aquella. Con todo, nada hay que pueda forzar fatalmente al hombre y su libre albedrío a obedecer a las pasiones; éstas pueden tentarle, seducirle, hacerle fuerza, pero no violentarle irresistiblemente a que las siga y obedezca. La concupiscencia es ocasión de pecar, pero no la causa del pecado, que radica en el libre albedrío (...) El libre albedrío en sí mismo es un bien, no un mal. Luego se expone como el abuso de un bien no implica que ese bien se convierta en un mal”<sup>45</sup>

En cuanto al mal, es importante tener presente que San Agustín no considera que sea sustancia y dicha posición va a ser uno de los puntos en los cuales se opone rotundamente a la concepción de los maniqueos, quienes sí consideran que el mal encuentra su origen en una especie de dios, un principio maléfico, uno perverso que se complace en sembrar en el mundo tinieblas, opuesto a Dios que es el sumo bien. Desde la visión maniquea, todo procede de dos principios antagónicos: uno bueno y uno malo. Estos dos principios se encuentran en constante batalla. Mas, dejando atrás sus creencias maniqueas, el autor se opone rotundamente a la concepción del mal en el mundo tal cual la asumen los maniqueos, puesto que como se ha mostrado a lo largo de esta reflexión, para el santo es impensable que Dios cause daño alguno o a Dios se le cause daño, debido a que si lo hiciera perdería su

---

<sup>45</sup> Ibíd. San Agustín. Del Libre Albedrío. Introducción. Pág. 243 – 244.

propiedad de perfecto y por ende ya no sería Dios, en tanto que se convertiría en un ser mutable y corruptible: “Porque si respondían que te podía dañar en algo, ya eras violable y corruptible; (...) y si decían que eras corruptible, esto mismo era falso y desde la primera palabra abominable”.<sup>46</sup>

Si se toma esto de que el mal encuentra su origen en el ser humano muy a la ligera, se podría preguntar ¿Es el hombre malo por naturaleza? Respuesta que desde San Agustín va a encontrar un rotundo no, en tanto que el ser humano es creatura de Dios, por ende, no es su naturaleza no es maldad, porque si se es obra del sumo bien, es apenas lógico que no sea natural el mal en su ser. Mas, Si el hombre no es malo por naturaleza ¿Cómo puede su obrar causar el mal?

Para dar respuesta a esta cuestión, es necesario comprender qué es el mal en San Agustín. En el autor se puede rastrear la distinción que hace entre dos tipos de males, a saber: el mal que el hombre padece o mal por inconveniente y el mal moral que es el que el ser humano provoca con sus acciones. El mal por inconveniente no es realmente un mal en sí mismo, puesto que se corresponde con el plan divino, tal como se ejemplificaba más arriba, en donde se hablaba de la relación de depredación entre el gato y el ratón, interacción que en principio puede leerse como mal para él ratón, realmente no constituye una evidencia del mal porque se corresponde con lo designado por la ley natural o providencia divina. Esto es expresado por el autor de la siguiente forma:

“Porque nada hay fuera que irrumpa y corrompa el orden que tú le impusiste. Mas en cuanto a sus partes, hay algunas cosas tenidas por malas porque no convienen con otras; pero como estas mismas convienen a otras, son asimismo buenas; y ciertamente en orden a sí todas son buenas. Y aun todas las que no dicen conveniencia entre sí, la dicen con la parte inferior de las criaturas que llamamos “tierra”, la cual tienen su cielo nuboso y ventoso apropiado para sí”<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> San Agustín, Op., cit. Confesiones. Libro VII, Capítulo II, Pág. 270.

<sup>47</sup> Ibíd. Libro VII, Capítulo XIII, Pág. 289.

Luego, está el mal moral, es justo en este tipo de mal que gira todo el presente análisis, puesto que el mal en San Agustín puede ser comprendido de acuerdo a la definición ofrecida por Seijas a partir de la interpretación que hace de la filosofía del Santo: “El mal no es un ser existente por sí, sino carencia de bien, privación de ser debido, defecto de integridad natural”<sup>48</sup>. Así las cosas, comienza a hacerse evidente que el mal no es sustancia, no posee ser, sino que existe cuando el hombre se aleja de los bienes superiores por apearse a los inferiores, alejándose de su fin y de paso causando desorden en el universo.

Aquí es relevante resaltar la separación que hace el filósofo del ser y el existir. Desde la perspectiva agustiniana el existir de una cosa es totalmente distinto e independiente de su ser o esencia, por lo tanto no existe relación de dependencia alguna entre la una y la otra. Situación que válidamente suscita la pregunta de ¿Cómo puede existir algo, en este caso el mal, sin ser? Para responder esta duda es importante recordar que el problema del mal abordado desde San Agustín es meramente antropológico, es decir, referido al hombre. Él, aunque acepta la existencia del diablo, no le atribuye la responsabilidad de la existencia del mal al ángel caído, porque para el filósofo el origen del mal debe ser rastreado desde el uso que el ser humano hace de la libertad que le fue otorgada por Dios como un don. Además afirmar que el diablo existe no implica que el mal sea una sustancia, aunque este tema ya es más de carácter teológico que filosófico y por lo tanto no es pertinente ni acertado desarrollarlo en esta reflexión que como ya se ha mencionado tiene un enfoque más antropológico.

Luego, el mal no se manifiesta directamente porque no tienen ser o esencia, más sí existencia, en tanto que se hace evidente en las acciones defectuosas de los humanos. Desde la propuesta agustiniana puede afirmarse que el mal no tiene esencia debido a que no tiene ningún fundamento antes de que el hombre lo cometa, luego, encuentra existencia cuando el hombre lo genera con el mal uso que da a su libertad, el mal es un producto del ser humano. Así las cosas, el mal existe en tanto que es una corrupción de la acción como tal y esto está en coherencia con lo que afirma San Agustín de que el mal no tiene sustancia,

---

<sup>48</sup> San Agustín, Op., cit. Del Libre Albedrio. Introducción. Pág. 192.

demostrando la validez de la percepción de la evidencia de la existencia del mal, puesto que a pesar de que no tiene sustancia sí tiene existencia. De esta manera es comprensible porque San Agustín es tan insistente con que la responsabilidad del mal en el mundo es netamente del hombre y no de Dios. Estos se puede leer desde la interpretación que hace la introducción a *«Del libre Albedrío»*:

“El hombre es libre para obrar bien y no está ligado a obrar el mal por ninguna necesidad. Si el hombre peca, suya es la culpa. Si Dios le castiga por ello, es señal de que fue libre al cometerla. San Agustín insiste sin cesar en la bondad esencial e infinita de Dios, en quien no hay más que bondad, y del que no pueden proceder más que cosas buenas (...) sin el libre albedrío no habría mérito ni demérito, gloria ni vituperio, responsabilidad ni irresponsabilidad, virtud ni vicio”<sup>49</sup>

Conviene subrayar que para el filósofo el mal no es mal porque se considere socialmente malo, hay algo más que hace que tal cosa sea mala en sí misma, redundando todas aquellas acciones que se consideran como producto del mal moral en el mismo punto: Son la evidencia más acertada de la ausencia de Dios. El mal no lo realiza el hombre solo por la concupiscencia que produce el acto en sí mismo en el interior del ser humano que lo ejecuta, tal cual lo describe San Agustín al ejemplificarlo mediante la evocación de la anécdota del robo de las peras en su juventud<sup>50</sup>. También juega un papel trascendental el uso de la voluntad por parte del hombre para permitir el mal en su accionar o tender hacia el bien. Esta cuestión de la voluntad como principal responsable de que el hombre pueda tender hacia el mal es justamente lo que se desarrollará con mayor profundidad en el siguiente apartado. Para comenzar la inmersión en el aspecto de la voluntad humana y comprender la importancia de este ítem para la comprensión del mal desde San Agustín, es acertado considerar sus palabras:

“De nuestra voluntad depende el que gocemos o carezcamos de un bien tan grande y tan verdadero. Porque ¿Qué es lo que está en nuestra voluntad tanto como la misma voluntad? El que tiene esta buena voluntad tiene ciertamente un bien, que debe preferir con mucho a todos los reinos terrenos y a todos los placeres del cuerpo. Más el que no la tiene, carece sin duda, de lo que es superior a todos los

---

<sup>49</sup> Ibíd. Del Libre Albedrío. Introducción. Pág. 198.

<sup>50</sup> San Agustín, Op., cit. Confesiones. Libro II, Capítulo IV, Pág. 118 – 119.

bienes, que no está en nuestra mano poseer, y que, únicamente podría darle la voluntad por sí y ante sí. Ahora bien, al hombre que se tiene a sí mismo por el más miserable, si ha llegado a perder un glorioso renombre, grandes riquezas y todos los bienes del cuerpo, ¿No lo tendrías tú también por muy miserable, aunque abundase en todas esas cosas, por el hecho de hallarse entrañablemente unido a lo que facilísimamente puede perder, y que no está en su mano tenerlo cuando quisiere, careciendo, por otra parte, de buena voluntad, bien tan excelente que no admite comparación con los bienes antes dichos, y que, no obstante ser un bien tan grande, basta quererlo para tenerlo?”<sup>51</sup>

## **2.2 . El mal y el papel del libre albedrío**

Para comenzar es fundamental tener presente que el mal moral responde a todas las acciones que el hombre realiza haciendo uso de la libertad y de la voluntad al decidir obrar contrario a las acciones que lo llevan a adquirir un bien y se aleja del mismo, es decir, de Dios, quien es el supremo bien.

San Agustín en su juventud, antes de convertirse al cristianismo, “fue seguidor del maniqueísmo, doctrina materialista y dualista, según la cual existe un principio del bien (Ormuz) y un principio del mal (Ahriman)”<sup>52</sup>; mas, a lo largo de su reflexión filosófica, realizada después de haber adoptado el cristianismo como su fe y forma de vida, no admitía que del mismo principio de sumo bien, procediera el principio mismo del mal, puesto que esto generaría un principio de contradicción ya que de la misma realidad suprema del bien no puede proceder el mal. Hecho importante que motiva a San Agustín a la reflexión neoplatónica y posteriormente con la acogida del cristianismo, en su reflexión filosófica reconocer en Dios la presencia única del Sumo Bien en el que la armonía está presente desde el principio de bondad.

Ahora bien, es necesario precisar que “los filósofos cristianos han distinguido entre el mal moral y el mal natural; según esta distinción, el mal moral es el que el hombre hace y el mal

---

<sup>51</sup> San Agustín, Op., cit. Del Libre Albedrío. Libro I, Capítulo XII, Pág. 289.

<sup>52</sup> “Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica”, Volumen 6. San José: Escuela de Filosofía, 1967. p. 28.

natural es lo que el hombre soporta”.<sup>53</sup> En este sentido se entiende que el mal moral corresponde o se encuentra en el plano de las acciones realizadas por los hombres, mientras que el mal natural hace referencia a las situaciones del entorno que generan dolor, frustración y pena en los hombres y por ende deben soportar.

Sin embargo, es importante enfatizar que para San Agustín el mal natural es consecuencia del mal moral. Afirmación que va muy de acuerdo a la doctrina cristiana en donde se concibe al mal en general, es decir, mal moral y mal natural, como producto del pecado, acción que aleja al hombre de Dios y tiene como consecuencia la muerte, siendo esta última introducida por el hombre al desobedecer a Dios. En este sentido es comprensible el mal en el filósofo como la privación del Bien, ausencia que puede ser clasificada en dos tipos o dos componentes específicos, a saber: el mal Físico y el mal moral.

El mal físico haya su explicación en que las criaturas fueron sacadas de la nada y pueden volver a ella, es decir, a la nada, debido a que no son necesarias. Si fueran sacadas de Dios mismo no habría "privación" de un bien conveniente a la naturaleza, porque serían inmutables.

Por otro lado, el mal moral tiene su origen en el ejercicio libre de la voluntad del hombre; y existe no porque se apetezcan cosas malas, puesto que "toda criatura de Dios es buena"<sup>54</sup>, sino porque se apetece una cosa inferior en lugar de otra más excelente, correspondiente moral y ontológicamente al completo ser realizable y realizado de la criatura.

Así las cosas, el mal no consiste, en el caso del mal moral, ni en el bien inferior ni en el superior, sino en la desviación de la voluntad de lo superior a lo inferior. Y en muchas ocasiones lo superior lo constituye un mandato, no la cosa en sí, como en el caso del árbol prohibido en el paraíso terrenal: lo mayor era el obedecer al mandato de Dios; lo inferior, gustar del fruto del árbol prohibido. Hubiera también Dios podido hacer que el comer de tal

---

<sup>53</sup> GARRETT, James Leo Garrett. "Teología Sistemática: Tomo I. El Paso", Texas: Casa de publicaciones, 2006. Pág. 351.

<sup>54</sup> BIBLIA DE JERUSALÉN. Bilbao: Declé de Brouwer, 1998. I Timoteo 4,4.

fruto fuese el mandato superior. Como es sabido, hay que tener en cuenta aquí que la maldad puede depender de varias cosas: el objeto, las circunstancias y el fin.

Es importante considerar que el mal físico puede responder a la realidad y armonía misma del universo en cuanto este se encuentra en evolución permanente y por lo tanto a la naturaleza misma de nuestra condición. En este sentido, los cambios continuos en la naturaleza como los terremotos, las inundaciones, entre otros fenómenos naturales aunque son males físicos son coherentes con la condición física que es cambiante y finita propia de un universo que como se ha mencionado, se encuentra en evolución permanente. Cabe anotar que esta realidad es extrínseca a la realidad humana y física, es decir no está en la voluntad del hombre tomar decisiones frente a la evolución natural propia de la condición limitada del hombre. Es desde esta perspectiva que San Agustín sostiene que el orden en el universo exige necesariamente la existencia del mal; la condición humana es limitada para cambiar este orden natural.

Ahora bien, cuando se habla o se hace referencia al mal moral, este responde de manera acertada a la realidad propia del ser humano como lo es la razón desde sus principios fundamentales: la libertad, la voluntad y la autonomía, éstos le pertenecen solo al hombre, quien al hacer uso de estas facultades decide obrar de acuerdo al Bien Sumo o la inclinación propia de la voluntad, el mal. Es justo aquí donde se da cabida para la reflexión sobre la moralidad y su relación con los conceptos de libertad y libre albedrío, conceptos que aunque se encuentran íntimamente vinculados, refieren a aspectos diferentes desde la perspectiva agustiniana, tal cual lo expondré más adelante.

Teniendo en cuenta que la virtud es lo moralmente bueno, se entiende que lo contrario a ella es el vicio y este solo puede erradicarse en el momento que el hombre es consciente de su realidad trascendente. Es decir desde el Bien supremo que es Dios, a mayor conocimiento del Bien supremo, el hombre haciendo uso de su libertad para elegir lo que le es bueno obrará en virtud de todo aquello que le genera bienestar, no sólo a él, sino también a todos los que le rodeen, es aquí donde el conocimiento de Dios es fundamental, pues este le

permite al hombre descubrir en Dios el valor moral de obrar Bien, bajo el principio de Buena Voluntad.

Cuando el hombre hace mal uso de su libertad obra contrario a la condición divina, actuando no de acuerdo a la virtud, sino al vicio, generándose el alejamiento del hombre del Bien y manifestándose justo aquí el amor de Dios a través del libre albedrío como la capacidad que el Ser Supremo le otorga al hombre, convirtiéndose en una característica propia del ser humano que le permite elegir según el deseo propio de su corazón. Es él el único responsable de su accionar y está en sus manos actuar de acuerdo al principio de bondad denominado virtud que habita en él o contrario a este, accionar desde el vicio que lo lleva a la inclinación propia del placer terrenal que le es inherente según su condición humana. Es aquí donde el sentimiento, el pensamiento y la acción deben estar en estrecha relación con el querer mismo de la voluntad de Dios, para acercarse a Él por medio de la virtud y no alejarse del mismo.

Gracias a la libertad y con ella la voluntad que le permite elegir, el hombre es el único responsable de los resultados de la acción que decidió ejecutar; es así como la libertad le permite al ser humano reconocerse en medio de la creación como un ser amado por Dios pero libre de determinismo alguno por este Dios que por amor lo ha creado.

Se ve en la vida de San Agustín a lo largo de todos sus escritos, al hombre incansable buscador de la verdad, que hace posible el encuentro perfecto de la criatura con su creador y esto solo es posible descubriendo en el interior del mismo el bien que habita en él y lo lleva a la realización plena de su existencia, tal como lo diría el mismo autor: “Oh felicidad tan pura y tan anhelada yo buscándote fuera y tu dentro de mí”. Si Dios es el autor del Bien que conduce a la felicidad eterna, el mal no puede provenir de Dios que es sumo Bien, el mal proviene de la libre inclinación del hombre a obrar según su voluntad en los deseos contrarios al amor de Dios y esto es posible en tanto que Dios al hombre le dio, por llamarlo de alguna forma poética: el Don precioso e inigualable tesoro de la libertad. Está en las manos del hombre elegir bajo el principio de libre albedrío o voluntad libre lo que

desea para su condición frágil y humana; el mal no es otra cosa que la acción libre de actuar en sentido contrario al principio de bien. Si Dios es el principio de bondad y creador de todo cuanto existe cabría la pregunta: ¿Si de las manos de Dios solo proviene el bien y nada más que el bien, cómo fue posible que entrara el mal en el mundo? A este cuestionamiento responde San Agustín, ya en una cita anteriormente mencionada<sup>55</sup>.

Como se puede observar desde el mismo texto agustiniano, es la condición humana la que hizo posible que el mal contrario al bien existiera en el mundo, propio de la naturaleza misma del hombre desde el principio de libre albedrío, la buena voluntad proviene de Dios y habita en el hombre desde el momento de su creación y la mala voluntad está presente de igual manera en el hombre y se hace evidente cuando éste se deja llevar por su inclinación concupiscible a obrar contrario al principio de Bien.

### **2.3. El mal se hace de manera voluntaria**

“Cada hombre que no obra rectamente  
es el verdadero y propio autor de sus malos actos”<sup>56</sup>

San Agustín reconoce que Dios es el autor de todo cuanto existe en el mundo, que todo cuanto hay y ha salido de Él es bueno, asimismo esta bondad se encuentra presente en toda la naturaleza, incluso en el hombre, que fue creado a su imagen y semejanza, en él está presente el amor y la bondad de Dios, como se puede ver en el siguiente texto:

---

<sup>55</sup> Ver: Pág. 22 del presente texto, cita 25. “Ahora bien, la avaricia, que en griego se llama φιλαργυρία, amor a la plata, no tiene sólo por objeto este metal, del cual ha tomado principalmente su nombre, porque las monedas entre los antiguos eran de plata pura o en aleación con otro metal, sino que tiene también por objeto todas las cosas que se desean con apetito desordenado; la avaricia se halla en todo aquel que desea más de lo que es suficiente, y esta avaricia es la concupiscencia, y la concupiscencia es la voluntad depravada. Luego la mala voluntad es la causa de todos los males”

<sup>56</sup> San Agustín. Op., cit. Del Libre Albedrío. Libro III, Capítulo XVII, Pág. 249.

“Agustín llega por una serie de razonamientos al concepto de Dios como un ser esencialmente bueno, totalmente bueno e infinitamente bueno de quien procede todo ser y toda bondad. Todo lo que hay pues de bueno en el mundo, viene necesariamente de Dios, y será tanto más bueno cuanto más participe de su bondad; luego el mal de la creatura está en la menor participación o en la carencia debida de tal bondad”<sup>57</sup>

De esta forma se entiende que para San Agustín el hombre es bueno por naturaleza. Sin embargo, el hombre al ser dotado de razón y voluntad tiene la posibilidad de elegir, y dentro de esas posibilidades puede optar por el mal. Se refiere sobre todo a los males ejecutados por el hombre, a saber: El mal moral, es decir, el mal proveniente del mal uso de la libertad, la maldad humana: asesinatos, robos, adulterios, guerras, mentiras, calumnias, injusticias sociales, entre otros actos que evidencian la corrupción del hombre, que en algún momento Jesús manifestó de manera certera al afirmar que del corazón del hombre salen sus malas acciones y esto es lo que lo contamina.

Cabe enfatizar una vez más que Dios aunque dotó al hombre de libre albedrío, no es por ello autor del mal, pues el mal lo crea el mismo ser humano, rompiendo el orden establecido por Dios en la naturaleza. El mal, como se ha dicho, es la ausencia de bien a la que tienden los hombres. Para el filósofo, cuando el hombre opta por el mal, por medio de su libre albedrío, se inclina o escoge aquellos bienes que rebajan como ser humano y lo esclavizan, de tal suerte que el hombre ya no desea a Dios sino a las creaturas, introduciendo el desorden en su voluntad. Y no es que las cosas sean malas en sí mismas, de hecho ya se ha aceptado que todas las cosas son buenas por cuanto participan de la bondad de Dios, sino que el hombre al aficionarse sólo a las cosas creadas, y la manera como las quiere conseguir, rechaza la bondad de Dios, propiciando el desorden en el mundo y es esto es a lo que se puede denominar males. En otras palabras, el mal, el pecado realizado por el hombre, no está ni siquiera en el pensamiento de Dios, es creación humana, pues el hombre por medio de su libre albedrío tendió de suyo hacia los bienes ínfimos, a la nada y por ende se desvió y obró el mal, no porque Dios lo quisiera, sino que le dio libertad al hombre.

---

<sup>57</sup> Ibíd. Del Libre Albedrío. Introducción. p. 244

Ahora bien, es pertinente preguntar ¿Qué es lo que lleva al hombre a optar por el mal? ¿Qué es en sí mismo el mal si todo lo creado es bueno? ¿Acaso se pueden desear las cosas malas? Ya se ha dicho que el mal desde San Agustín propiamente no tiene substancia, entonces ¿El mal no existe? ¿El mal es la nada? ¿Puede el hombre desear la nada? En principio responder directamente todos estos cuestionamientos puede resultar abrumador, sobre todo a explicar la sustancialidad del mal, dada su complejidad. Sin embargo, a través de una reflexión pausa y considerando todo lo expuesto hasta el momento, si se puede explicar por qué el hombre opta por el mal o qué es lo que lo mueve cuando opta libremente por el mal.

Viéndolo desde el ejemplo que da San Agustín en las *Confesiones*, al cual dedica siete capítulos en el libro II, consiste en: el robo de unas peras cuando tenía dieciséis años:

“También yo quise cometer un hurto y lo cometí, no forzado por la necesidad, sino por penuria y fastidio de justicia y abundancia de iniquidad, pues robé aquello que tenía en abundancia y mucho mejor. Ni era el gozar de aquello lo que yo apetecía en el hurto, sino el mismo hurto y pecado. Había un peral en las inmediaciones de nuestra vina cargado de peras, que ni por el aspecto ni por el sabor tenían nada de tentadoras. A hora intempestiva de la noche — pues hasta entonces habíamos estado jugando en las eras, según nuestra mala costumbre — nos encaminamos a él, con ánimo de sacudirle y vendimiarle, unos cuantos jóvenes pésimos. Y llevamos de él grandes cargas, no para regalarnos, sino más bien para tener que echárselas a los puercos, aunque algunas comimos, siendo nuestro deleite hacer aquello que nos placía por el hecho mismo de que nos estaba prohibido.<sup>58</sup>

Lo sorprendente o mejor, desconcertante e interesante para ser analizado, es que el filósofo a ningún otro pecado más grave que haya cometido le dedica tanto tiempo de reflexión como a este del robo de unas aparentes e insignificantes peras. ¿Por qué? ¿Acaso no eran más graves sus adulterios, sus andanzas en la disidencia cristiana? “Una y otra vez Agustín se pregunta por qué cometió aquel mal. No es que estuviera hambriento; de hecho no lo estaba. No es que fuera tentado por unas peras excepcionales: realmente eran peores que

---

<sup>58</sup> San Agustín, Op., cit. Las Confesiones, Libro II, Capítulo IV, Pág. 118 - 119.

las que tenía en su casa. Agustín y sus amigos ni siquiera se comieron la fruta robada: la arrojaron a los cerdos”.<sup>59</sup>

Una y otra vez Agustín se pregunta por qué cometió aquel mal, rechazando incansablemente una respuesta tras otra. Incluso llega a concluir que se las robó por robárselas, pero esta respuesta tampoco causó satisfacción a su inquietud y por ende también la rechazó. Esto en tanto que el autor en sus reflexiones afirma que nadie comete el mal por el mal, nadie disfruta el mal por el mal. De hecho, el ser humano no escoge el mal, sino por algo bueno. Es decir, el mal puede producir algo bueno en el hombre. En palabras del Santo: “Los seres humanos solamente pueden desear las cosas buenas. Deseamos lo que es grato al paladar, lo que es cómodo, lo que nos hace más libres, lo que elimina las dificultades de nuestra vida. Además, todas las cosas que deseamos son buenas porque Dios las ha creado así”.<sup>60</sup>

En este sentido, todas las cosas del mundo participan de algún modo de la bondad de Dios. Sin embargo, vuelve a aparecer la pregunta ¿Qué es lo que el deseo toma por algo bueno y lo transforma en algo malo? Ante lo cual San Agustín responde magníficamente:

“Por todas estas cosas y otras semejantes se comete el mal cuando por una inclinación inmoderada a ellas — no obstante que sean bienes ínfimos — son abandonados los mejores y sumos, como eres tú, Señor, Dios nuestro; tu Verdad y tu Ley. Ciertamente que también estos bienes ínfimos tienen sus deleites, pero no como los de Dios, hacedor de todas las cosas, porque en Él se deleita el justo y hallan sus delicias los rectos de corazón”<sup>61</sup>

El santo llega a colegir que robó las peras por disfrutar de la compañía de sus amigos y por el deleite que le producía su amistad, sus risas y su camaradería. En palabras más sencillas, se puede decir que cometió el robo por la adrenalina y por ende la emoción o sensación de placer que le producía la ejecución de la mala acción, adicional a la “admiración” y

---

<sup>59</sup> HAHN, Scott. Señor ten piedad. Traducido por Mercedes Villar, Madrid, Ediciones Rialp. pág. 88.

<sup>60</sup> *Ibíd.* Pág. 89.

<sup>61</sup> San Agustín, *Op. cit.* Las Confesiones, Libro II, Capítulo V, Pág. 120.

“respeto” que iba a lograr producir en sus amigos. Empero, es importante aclarar que la amistad en sí es buena, más, San Agustín se comportó erróneamente cuando puso el deseo de agradar a sus amigos por encima del deseo de agradar a Dios, pues habría que decir que también conocía el mandamiento que prohíbe robar. En este sentido, se puede concluir que el hombre cuando comete el mal, no lo hace porque desee el mal en sí mismo, sino porque desea lo que no es lo suficientemente bueno. Es decir, cuando desordena la voluntad apegándose sólo a lo que es meramente material y pasajero y la manera como lo consigue, ya sea una amistad, algo tangible o intangible, algo que le produce placer o felicidad efímera, pero que lo desvía de aquel que debería ser el único objeto de deseo que es Dios, como afirmará San Agustín.

Por otra parte, es preciso recordar que desde la filosofía agustiniana el hombre es la máxima expresión de la bondad de Dios quien le ha participado a éste el Bien que procede de su ser, de igual manera le ha dado al hombre la capacidad de elegir y tomar sus propias decisiones a través de la voluntad que le es propia y le permite tomar el camino que desee, es así que a mayor conocimiento de Dios y su realidad el hombre lleva una vida de acuerdo a los principios del bien y el amor que es unidad en Dios y a mayor desconocimiento de Dios y su realidad en el amor, el hombre libremente, por voluntad que le es propia, se aleja del designio de Dios que es: la felicidad del hombre como hijo predilecto. En palabras del filósofo: “Dios ve el pecado anticipadamente a que el hombre lo cometa, porque conociendo Dios todas las cosas futuras, no puede ignorar las acciones de sus criaturas. Pero Dios no puede prever necesariamente una acción intrínsecamente libre, sin una contradicción manifiesta”.<sup>62</sup> Así las cosas, Dios no puede evitar el mal que el hombre genera, en tanto que no lo priva de la libertad. A primera vista esto parecería contradecir la omnipotencia de Dios, pero Dios no puede contradecirse en sí mismo. Él ha dado la libertad al hombre y no se la puede quitar, por esto permite el mal.

---

<sup>62</sup> San Agustín, Op. cit. Del Libre Albedrio. Introducción. Pág. 197.

## 2.4. El problema de la libertad en relación con Dios

Si la libertad puede llevar al hombre a cometer los más abominables crímenes y puede generar tanto mal como el que hay en el mundo, conduciendo al hombre a degradarse, a corromperse y a alejarse tanto de Dios, es decir, a distanciarse de la auténtica felicidad que es Dios, se hace evidente los cuestionamientos que realiza San Agustín en diferentes momentos de su reflexión, a saber. ¿No será mejor vivir sin libertad? Vista la libertad en este sentido que conduce al hombre a ser malo ¿Puede ser mala la libertad? De hecho, como se ha analizado a lo largo de este texto, la libertad puede ser para el hombre un arma de doble filo, en tanto que le permite al ser humano alejarse de Dios y por ende da cabida al mal en sus acciones, o por el contrario, lo deseable: hacer lo correcto y acercarse a Dios de manera voluntaria y por tanto, estar cerca del bien, eliminando o disminuyendo el mal en su vida, puesto que el mal es la ausencia del bien, la ausencia de Dios. Sin embargo, San Agustín reiterará una y otra vez que la libertad es un don inestimable puesto por Dios en el hombre. Sin libertad, no seríamos auténticamente humanos. Casi que la libertad se convierte en la esencia del ser humano. De lo contrario, los seres humanos serían máquinas manipuladas por su hacedor:

“Así como concedes que son bienes estos del cuerpo y alabas al dador de estos bienes; no obstante el mal uso que muchos hacen de ellos, del mismo modo debes conceder que la voluntad libre, sin la cual nadie puede vivir libremente, es un bien dado por Dios, y que son dignos de nuestra reprobación y debemos reprobar a los que abusan de ella antes de decir que no debió habérsela dado el que nos la dio”.<sup>63</sup>

Empero, la libertad humana es según San Agustín la causa desde la que se explica el mal en el mundo, libertad que fue otorgada con la finalidad de que el hombre no se sienta predestinado por Dios, a tener que comportarse bajo los parámetros de la fe, sino que desde el mismo ejercicio de esa libertad regalada por Dios, el hombre pueda darse cuenta que el mejor camino es el del bien moral y por ende decida voluntariamente seguir dicho sendero.

---

<sup>63</sup> Libro II, Capítulo XVIII, Pág. 311.

Así pues, en este apartado se reflexiona en torno a la libertad en relación con Dios, ¿De qué manera el libre albedrío o la libertad permite al hombre acercarse a Dios y por ende al bien mismo? ¿Es el libre albedrío lo mismo que libertad? De ser diferentes ¿Cómo distinguirlos? ¿Cuáles son los peligros que conlleva para el hombre al ser mal usada? ¿En qué sentido se puede afirmar que se está haciendo mal uso de la libertad? ¿Cómo el hombre puede acercarse más a su esencia humana y descubrir precisamente a Dios a través del bien que se puede generar cuando se hace buen uso de aquel “inestimable don” como dirá San Agustín?

Mas ¿qué es la *libertad* en sí misma? ¿Cómo entiende San Agustín la libertad? Tradicionalmente la libertad se ha entendido como la facultad, la capacidad de elegir: “*capacitas eligendi inter plura/inter opposita*. Pero San Agustín distinguía entre la *libertas minor* (el libre albedrío, la capacidad de elección) y la *libertas maior* (o capacidad de realizar el bien con vistas al fin)”.<sup>64</sup> Esta distinción entre libertad minor y libertad maior no es otra que la distinción entre el concepto de *libre albedrío* y *libertad*.

En efecto, aunque hasta el momento en el desarrollo del presente análisis filosófico se han usado indistintamente ambos términos, San Agustín dirá que al hombre le corresponde más la primera libertad, es decir: El libre albedrío, porque la libertad maior, es aún muy superior al hombre. Estas afirmaciones se comprenden en el contexto agustiniano al recordar que el filósofo al momento de realizar dichas aseveraciones sobre la libertad, ya se encontraba totalmente inmerso en la teología cristiana, lo cual le hace asumir que la libertad maior, se perdió al momento en que el hombre comete el pecado original, y en adelante, su libertad quedó limitada, inclinada al mal y al pecado, aunque no por ello, incapaz del bien. Tanto en cuanto el hombre se va acercando a Dios se va recuperando esta libertad maior, es decir, siempre y cuando permita que su razón sea iluminada por la fe, irá recuperando esta óptima libertad; en otras palabras: que la libertad puede irse perfeccionando progresivamente. De manera más clara y contundente: el hombre, cuanto más se acerca a Dios, más libre se hace. Torralba explica en cuento esto, que:

---

<sup>64</sup> RUIZ DE LA PEÑA, Juan L., Imagen de Dios. Antropología fundamental. Bilbao: Sal Terrae, 1988. Pág. 187.

“Para San Agustín, Adán era libre con verdadera libertad. Pero esta libertad se perdió para siempre en el pecado de origen. De este modo el ser humano se quedó sólo con el *liberum arbitrium*. San Agustín concede al *liberum arbitrium* cierta voluntad de Bien, pero débil, e ineficaz, superada siempre la delectación del mal. El hombre después de la caída pierde la referencia al Fin último. La *Libertas* supone la ratificación consciente y voluntaria del dinamismo natural, es la voluntad del Fin, no sólo como Bien, sino también como Verdad y Orden”<sup>65</sup>

Dios desde su infinita sabiduría permite que el ser humano sea libre desde su voluntad, y pueda tomar sus propias decisiones desde la manera de asumir una vida correcta, es decir optar por las cosas buenas que conllevan a la felicidad. Sin embargo, Dios mismo sabe que el hombre no siempre actúa así. De hecho, puede afirmarse desde San Agustín que la naturaleza humana está corrompida; la mayoría de las veces los humanos se inclinan hacia el mal. Por traer un ejemplo, se puede considerar la expresión del apóstol Pablo: “Porque yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno; porque el querer está presente en mí, pero el hacer el bien, no. Pues no hago el bien que deseo, sino que el mal que no quiero, eso practico” (Rm 7, 18 – 19). Esta visión cristiana del hombre, es aparentemente negativa, pues el ser humano sólo está inclinado al mal después del pecado y pareciera que no hay otra alternativa.

Sin embargo, San Agustín defiende al ser humano afirmando que si bien es cierto que esta inclinación se encuentra presente en el hombre, es porque la naturaleza humana está herida, mas, el hombre puede levantarse por encima de dicha naturaleza que le hace tender hacia el mal al escuchar la voz de Dios y dejarse ayudar por su gracia, la cual ha sido otorgada en Cristo. Este tema, no lo profundizaré dado que es un aspecto que le compete más a la teología, sin embargo, lo hasta aquí dicho, sí es importante resaltar que desde la perspectiva agustiniana el hombre puede ser liberado del mal y de sus propios males. En efecto la libertad o mejor, el libre albedrío no puede ser como un trampolín o una excusa para que el hombre se incline más al mal; pues de hecho, Dios invita constantemente al hombre a que se realice en el amor, le invita al perdón y a una nueva vida. Así se expresa Agustín

---

<sup>65</sup> TORRALBA, Francesc. Poética de la libertad. Madrid: Caparrós Editores, 1998. Pág. 47.

interpretando el pasaje antes citado de la carta a los Romanos: “El apóstol afirma que el hombre ha de ser libertado de esta mala costumbre por Cristo, el cual, perdona todos los pecados de los que creen en El, los estimula después a la santidad perfecta por su imitación y vence la costumbre de los vicios (el mal) con el ejemplo de sus virtudes”.<sup>66</sup>

Ahora bien, San Agustín plantea una salvación del mal, o más concretamente del pecado, y un perfeccionamiento de la libertad como se ha dicho, pero se puede decir que esta salvación está planteada para los creyentes, pues es una salvación por la fe en Cristo. Es importante plantearse la cuestión desde el plano filosófico ¿Y los que no son creyentes? ¿Cómo pueden superar el mal, o mejor acercarse al bien quienes experimentan las mismas inclinaciones pero no tienen la ayuda de la fe? La respuesta, aunque no cerrada, sería por medio de la razón natural, la cual puede tender constantemente a un perfeccionamiento de la libertad, de las obras y de un obrar moral verdaderamente recto. De hecho la experiencia enseña que en la historia han existido y aún en la actualidad hay personas que aunque no son creyentes, viven una ética a veces muy cercana a la perfección, que les ha permitido ser capaces de ser lo más auténticamente humanos posible y por lo tanto perfeccionar su libertad.

Por otra parte, al considerar si bien Dios no puede coartar ni restringir la libertad humana porque esto supondría una contradicción con sus decisiones anteriores como creador del hombre, surge la inquietud ¿No podría al menos evitar ciertos males en los seres humanos, cierta maldad, de tal manera que se impidieran al menos algunas guerras en las que tanto daño se hacen los mismos seres humanos? La respuesta evidentemente es no, una vez más. Puesto que, como afirma José Antonio Galindo:

“Si cuando el hombre decide hacer el mal Dios se lo impidiera entonces no se daría en él la libertad cuando hace el bien y, consiguientemente, en un nivel moral normal para los humanos, no tendría mérito haciéndolo. En cuanto al hambre en el mundo, Dios podría remediarlo, pero ¿Por qué lo ha de

---

<sup>66</sup> SAN AGUSTÍN, De la Gracia de Jesucristo. En: Obras completas. Vol. VI, Traducción y notas de Victorino Capanaga. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956. Pág. 371.

hacer si lo podemos hacer nosotros? Él formó el planeta para todos, de nosotros depende ahora que lo aprovechemos bien, pues ahí puso Dios recursos que bastan para toda la humanidad.<sup>67</sup>

Así pues, no es posible que Dios impida la libertad humana. Ésta sería imperfecta desde todo punto de vista si Dios lo hiciera. ¿Cuál es entonces el problema de la libertad en relación con Dios desde la perspectiva agustiniana? Se puede considerar concretamente que es el uso que el hombre otorga a su libertad, puesto que si hace un buen uso de este libre albedrío, puede alcanzar como se ha afirmado a lo largo de este texto desde la propuesta agustiniana una libertad plena, su felicidad y por lo tanto podrá tender hacia su fin último, que es Dios, empero, si el ser humano hace un mal uso de su libertad, se forjará males, fabricará su propia infelicidad y perderá a Dios de su proyecto de vida como realización; asimismo contribuirá a acrecentar el mal en el mundo. El filósofo lo resume de la siguiente manera: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.<sup>68</sup>

Es necesario por tanto que el ser humano ayude a través del buen uso de la libertad. ¿Cómo lograrlo? San Agustín da una respuesta desde la fe, propone al ser humano conocerse y conocer a Dios, en tanto que considera que de esta manera se acrecentará el bien en el hombre y por lo tanto se podrá ver perfeccionada la libertad. El Santo lo escribió poéticamente: “Nos has hecho para ti Señor y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”.<sup>69</sup> En otras palabras, desde la perspectiva agustiniana el hombre sólo puede realizarse perfectamente en Dios, Él es la salvación del hombre, y la salvación de todos sus males: “Nada sería yo, Dios mío, nada sería yo en absoluto si tú no estuvieses en mí; pero, ¿No sería mejor decir que yo no sería en modo alguno si no estuviese en ti, de quien, por quien y en quien son todas las cosas?”.<sup>70</sup>

Ahora bien, ¿Es posible esta salvación del mal sin Dios? Tal vez San Agustín no lo contempló, pero una vez más es pertinente resaltar que tal vez es posible por la razón

---

<sup>67</sup> GALINDO, Op. Cit., Pág. 52.

<sup>68</sup> BOTERO, José Silvio. Cuestiones éticas. Bogotá: San Pablo, 2016. Pág. 52.

<sup>69</sup> San Agustín, Op. cit. Confesiones. Libro I, capítulo I, Pág. 73.

<sup>70</sup> Ibíd. Libro I, capítulo II, Pág. 74.

natural, por la cual el hombre puede vivir de acuerdo a los parámetros de esta razón y buscar la felicidad, de hecho éste es el camino de la ética: “El hombre es por encima de todo racional: un organismo natural que piensa. Lo mismo que el músico, el escultor y el artesano realizan actividades específicas, hay una actividad propia del hombre: vivir de acuerdo con la razón. Y esa vida conforme a la razón, ha de ser la más feliz”.<sup>71</sup>

Empero, se reconoce que esto aunque es verdadero resulta un poco oscuro, pues no siempre la razón le dicta leyes al hombre que lo conduzcan a la felicidad. Dicho sea de paso, al exceso de razón en la modernidad se le atribuyen las guerras mundiales y otra serie de barbaries que el hombre ha cometido y que en ocasiones ha justificado por la misma racionalidad. No obstante, pese a los peligros que experimenta el ser humano, al emplazamiento de la técnica, de lo industrial, al desplazamiento de lo humano, al olvido de Dios, de la ética o de la moral, al olvido incluso de lo humano mismo, la salvación sigue estando presente allí para el ser humano, nos lo dice el poeta Hölderlin: “Allí donde está el peligro, aparece la salvación”.<sup>72</sup> ¿A qué tipo de salvación se refiere? Es la tarea que le queda al pensar, no olvidar la esencia humana. Luchar por erradicar el mal y construir una humanidad más libre y más humana. Esta reflexión a la luz de San Agustín acerca del mal puede ser concluida con lo expresado por Heidegger: “Cuanto más nos acerquemos al peligro, con mayor claridad empezarán a lucir los caminos que llevan a lo que salva, más intenso será nuestro preguntar. Porque el preguntar es la piedad del pensar”.<sup>73</sup>

---

<sup>71</sup> AYLLÓN, José Ramón. Introducción a la ética: Historia y Fundamentos. Madrid: Ediciones Palabra, 2006. Pág. 24.

<sup>72</sup> Heidegger, Martin. La pregunta por la técnica. En: Conferencias y artículos. Barcelona: Ediciones Serbal, 1994. Pág. 31.

<sup>73</sup> *Ibíd.* Pág. 32.

## CONCLUSIÓN

Al realizar el presente análisis acerca del problema del mal moral en San Agustín y su relación con el libre albedrío, se puede concluir que definitivamente a lo largo de sus obras el filósofo sostiene de forma continua, mediante diversos argumentos, la tesis en donde afirma que el mal es corrupción de la voluntad, movimiento hacia el no ser y por ende, ausencia de bien. En otras palabras, “el mal es cometido por el libre albedrío de la voluntad y por lo tanto, no proviene de un dualismo de sustancias”.<sup>74</sup> Así las cosas, se ha demostrado en este trabajo que el mal no procede de Dios, puesto que el aceptar que el mal procede de Dios<sup>75</sup> o de un dios, es afirmar que este tiene substancia, lo cual sería caer en el error que tanto le refuta el santo a los Maniqueos, a saber: el concebir el mal como algo con substancia implícitamente es afirmar la existencia de un dios malo y por lo tanto dos realidades: Un Dios creador del bien y un dios creador del mal. Cosa que para San Agustín no es posible, debido a que solo existe un Dios perfecto, bueno y creador de todo el universo. En efecto, San Agustín demuestra que “el mal cometido por una voluntad libre carece de realidad substancial, e implica un alejamiento de Dios y un volverse hacia las creaturas. Este movimiento es hacia el no-ser y consiste en la corrupción voluntaria”.<sup>76</sup>

Si bien es cierto que San Agustín antes de realizar su conversión al cristianismo era maniqueo, justamente después de dicha conversión al hallar sus antiguas creencias completamente erradas, inicia la empresa de corregir sus viejas concepciones y por lo tanto pretende expandir sus nuevos conocimientos a sus excompañeros maniqueos, demostrándoles con todos los argumentos que encuentra en su ejercicio de reflexión filosófica, porque ellos están errados al aceptar como válida la concepción de la existencia de un dios perverso que se complace en sembrar el mundo de tinieblas, pecado y muerte, dios malévolos de quien proceden todos los males del mundo y otro Dios antagónico, origen de toda luz; dualidad que provoca que todas las cosas tengan partículas del principio bueno

---

<sup>74</sup> GARCÍA, Op., cit. p. 37.

<sup>75</sup> El Dios cristiano.

<sup>76</sup> *Ibíd.*

y del malo, razón por la cual estos dos principios están en constante batalla, según la visión maniquea.

En resumen, se puede afirmar que el objetivo o meta final del santo al momento de desarrollar su reflexión filosófica, es demostrar que Dios es solo bien, por lo tanto puede ser concebido como origen de todo lo bueno y exclusivamente de lo que tenga o se encuentre relacionado con el bien.

Uno de los argumentos que usa San Agustín para sostener que solo existe un Dios y es el creador, fuente de toda verdad, bondad y perfección, dejando fuera de lugar cualquier posibilidad de que este Dios sea creador del mal y por lo tanto eximiéndolo de ser el responsable de que se haya introducido el mal al mundo, es el de explicar que si en Dios se originara el mal, tendría que haber algo de mal en Él, lo cual causaría su mutabilidad y degradación, por lo tanto ya no sería ni eterno, ni perfecto, ni verdadero, de esta manera no sería Dios sino otra cosa.

Sin embargo sigue latente la cuestión: ¿En qué momento se origina el mal? Por ello hemos analizado en este trabajo la creación de Dios y el orden que se dispuso para ella. Es importante hacer énfasis que desde la concepción agustiniana ni Dios, ni su creación contienen maldad; mas, la diferencia substancial entre Dios y sus creaturas es que estas últimas, a saber, la creación, sí se encuentra expuesta y sensible a ser corrompida, en tanto que es finita y por ende mutable, características que la hacen indiscutiblemente propensa a la corrupción. Para San Agustín la corrupción es entendida como ausencia del bien y por lo tanto ausencia de Dios, situación que es definida por el filósofo como: El mal.

Continuando con la línea argumentativa del Santo, se puede tener por cierto que al ser la creación mutable es por lo tanto propensa al mal, incluso se podrían hallar pruebas de ello en la misma naturaleza como cuando un león le quita la vida a una cebrá para comérsela. Pero considerar dicho ejemplo una prueba del mal en la creación, no sería nada más que hacer una interpretación errada y a la ligera del mismo.

San Agustín explica que aunque en principio dichas situaciones podrían tomarse como mal, realmente no corresponden al mal en sí mismo, ya que en el orden del universo y de acuerdo con la Providencia, es necesario que eso suceda para que el león pueda alimentarse y por ende sobrevivir de manera digna, además que se están equilibrando la cantidad de especies en la naturaleza. En este sentido, todas las situaciones de la naturaleza siempre suceden por una causa, nada es producto del azar, todo sucede por diferentes causas procedentes de diversas voluntades, que el autor identifica como: Dios, los ángeles, movimientos de los animales y de los hombres, en quienes influye fuertemente su libre albedrío.

Por otra parte, desde la propuesta agustiniana ya se ha visto que el mal carece de ser, es decir, no existe en sí mismo. Más, se realiza en su propuesta la distinción de dos tipos de males, a saber: El mal natural o el mal físico y el mal moral.

Frente al mal natural se asume como el mal que se sufre por algo que sucede en la naturaleza, este mal se refiere a las situaciones del entorno que generan dolor, frustración y pena en los hombres y por ende deben soportar. También es entendido como un mal por resultar inconveniente para alguna de las partes involucradas, es decir, no agrada porque rompe el orden de las cosas. Por ejemplo: Es un mal para un ser humano sufrir un accidente o es un mal para un ratón que un gato se lo coma. Sin embargo, desde la perspectiva del filósofo, éstos no deben ser asumidos como males, sino que simplemente no son convenientes uno con otro, pero en el conjunto, todos estos eventos siguen el orden establecido por Dios y regido por la ley eterna, que se ha plasmado como ley en toda la creación, por lo tanto el Ser Supremo logrará sacar un bien para sus criaturas. Después de todo no son males en sí mismos, sino situaciones no convenientes, de las cuales Dios en su providencia y con su sabiduría infinita logra sacar bienes que redundan bienestar para su creación. Cabe anotar que esta realidad es extrínseca a la realidad humana y física, es decir no está en la voluntad del hombre tomar decisiones frente a la evolución natural propia de la condición limitada del hombre.

En cuanto al mal moral, el filósofo explica que nace en el hombre debido al mal uso que hace del regalo dado por Dios a este, es decir, del libre albedrío. Este mal realizado por el hombre, no está ni siquiera en el pensamiento de Dios, es creación puramente humana, pues el hombre por medio de su libre albedrío tendió de suyo hacia los bienes ínfimos, a la nada y por ende se desvió y obró el mal, no porque Dios lo quisiera, sino por su propia y libre voluntad.

Inclinarse al mal es como hemos visto a lo largo de este trabajo inclinarse por lo que no es, y por ende se introduce el desordene la voluntad. Desde la perspectiva agustiniana, al ser creado por Dios, el hombre ha recibido un llamado, un llamado especial de Dios a realizarse auténticamente en la existencia, a actuar libremente y no cegado por sus pasiones, y sobre todo a hacer buen uso de esa libertad que se le dio. Sin embargo, parece ser que el hombre no escucha este llamado, pues ha trastocado el orden en la realidad introduciendo males, uno tras otro.

Ahora bien, ¿por qué Dios no impide que el hombre actúe mal, o por lo menos que no le haga daño a las demás creaturas? En efecto, parece que Dios no puede eliminar el mal en el mundo. Así se expresó Epicuro en el siglo III a.C. con su antiguo dilema que puede resumirse de la siguiente manera: “O Dios quiere quitar el mal del mundo, pero no puede; o puede, pero no lo quiere quitar; o no puede ni quiere; o puede y quiere. Si quiere y no puede, es impotente; si puede y no quiere, no nos ama; si no quiere ni puede, no es el Dios bueno y, además, es impotente; si puede y quiere -y esto es lo más seguro-, entonces, ¿de dónde viene el mal real y por qué no lo elimina?”<sup>77</sup> Así las cosas, las posturas contemporáneas que siguen reflexionando en torno a este grave problema, prefieren eliminar a Dios de la discusión. Para muchos contemporáneos Dios simplemente no existe, porque el mal se convierte en el testimonio supremo contra Dios. Si la existencia del mal es evidente para todos los hombres, entonces no quedan sino tres opciones para Dios: no es omnipotente; es malo o no existe.

---

<sup>77</sup> Citado por TORRES QUEIRUGA, Andrés. Recuperar la salvación. Santander: Sal Terrae, 1995. p. 228.

De este modo el mal puede causar tanto el ateísmo como el antiteísmo, como en el caso del personaje de Sábato para quien la existencia no le lleva a afirmar que Dios no existe, sino que *es un canalla*.<sup>78</sup> El optimismo de Leibniz se invierte en el pesimismo de Schopenhauer y en el nihilismo de Nietzsche. “Este mundo finito de tormento infinito es, no el mejor, sino el peor de los posibles y da jaque mate a la idea de Dios.”<sup>79</sup>

Pero volviendo a nuestro autor, San Agustín simplemente nos responde afirmando que Dios creó libre al hombre, no puede impedir el ejercicio de esta libertad, y por ende, no puede impedir el mal. A primera vista esto denunciaría la impotencia de Dios y el escándalo para los creyentes, pues Dios no puede obrar a favor de ellos. Sin embargo, como quedó demostrado en el primer capítulo, en el segundo apartado, Dios puede sacar un bien de un mal, porque Dios ha ordenado perfectamente todo con su providencia. “Así que de los que no obraban bien, tú sacabas bien para mí; y de mis pecados, mi justa retribución; porque tú has ordenado todo con tu providencia”.<sup>80</sup> En consecuencia, puede afirmarse que Dios no permitiría que hubiera males en el mundo si no fuera para sacar mayores bienes. De tal suerte que para Agustín todas las naturalezas, en cuanto, naturalezas, son buenas, y el mal no es más que la privación de bien y sin embargo esto no se constituye en un escándalo para eliminar a Dios de la reflexión.

Finalmente nos preguntamos, ¿es posible eliminar el mal de la esfera humana, de toda realidad? La respuesta es no, pues no es posible vivir sin el mal. El hombre ha quebrantado el orden de la creación, y precisamente esta creación está herida. Ahora bien, reiteramos que desde la propuesta agustiniana la presencia del mal no necesariamente lleva a concluir la inexistencia de Dios. Pues para Agustín Dios sigue estando presente a pesar de las vicisitudes humanas y a pesar del mal: “¿qué es entonces Dios? ¿Y qué hay fuera de Dios? Sumo, óptimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo; secretísimo

---

<sup>78</sup> SÁBATO, Ernesto. *Sobre héroes y tumbas*. Caracas: Ayacucho, 2004. p. 249.

<sup>79</sup> RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis. *Op. cit.*, p. 161.

<sup>80</sup> San Agustín, *Op.*, cit. *Las Confesiones*, Libro VII, Capítulo XIII, Pág. 90.

y presentísimo, fortísimo, estable e incomprensible, inmutable, mudando todas las cosas; nunca nuevo y nunca viejo; renueva todas las cosas y conduce a la vejez a todos”.<sup>81</sup>

Por tanto, podemos concluir que la existencia del mal no es en sí misma, un argumento para negar la existencia de Dios. La finitud propia de la creación, es la condición de posibilidad de que en ella haga presencia el mal, dado que la naturaleza del cosmos es la imperfección. Es un error por tanto exigirle a la realidad la ausencia del mal, sólo Dios el único perfecto carece de él, nos muestra San Agustín. De allí que la aparición del mal se vuelve de carácter inevitable en cualquier mundo finito. Aquí se descubre la trampa oculta en el dilema de Epicuro. “Dios ha creado un mundo a pesar de la presencia inevitable del mal, porque la existencia es un don positivo que Él otorga desde el amor buscando única y exclusivamente nuestro bien.”<sup>82</sup> Este bien, se va realizando en el tiempo y su plenitud se asegura tanto en cuanto el hombre vaya escuchando la voz de Dios que lo llama a ir eliminando el mal de su vida, es decir, el mal moral de tal suerte que la realidad pueda tender a un mejoramiento continuo y por qué no, sino ahora, procesualmente como soñó Leibniz hacia el mejor de los mundos posibles.

---

<sup>81</sup> *Ibíd.* Libro I, Capítulo IV, Pág. 76.

<sup>82</sup> TORRES QUEIRUGA, Andrés. *Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea.* Madrid: Trotta, 2011. p. 213

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Bibliografía primaria**

SAN AGUSTÍN. “Las Confesiones”. Edición crítica y anotada por el padre: Ángel Custodio Vega, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1968.

SAN AGUSTÍN. “Obras de San Agustín, Tomo III, Del Libre Albedrío”. Versión, Introducción y notas de los padres Fray Victorino Capanaga y Otros, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1963.

SAN AGUSTÍN. “La Ciudad de Dios”, Introducción de Francisco Montes de Oca, México, Editorial Porrúa S.A., 1985.

SAN AGUSTÍN, “De la Naturaleza del Bien. Contra los maniqueos”. En: Obras completas. Vol. III, Introducción y notas P. Mateo Lanseros, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

SAN AGUSTÍN. “Obras de San Agustín, Tomo XVII, La ciudad de Dios”, Editor Fray José Moran, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial Católica S.A., 1958.

SAN AGUSTÍN, De la Gracia de Jesucristo. En: Obras completas. Vol. VI, Traducción y notas de Victorino Capanaga. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956.

SAN AGUSTÍN. “Obras completas de San Agustín, Volumen 24, Sermones (4º), Sermones sobre los tiempos litúrgicos”, Traducción y notas de Pio de Luis, Biblioteca de Autores Cristianos – La Editorial católica S.A., 1983.

### **Bibliografía secundaria**

BOTERO, José Silvio. Cuestiones éticas. Bogotá: San Pablo, 2016.

CASTILLO, Julio Martín. Realidad y transcendentalidad en el planteamiento del problema del mal según Xavier Zubiri. Roma: Ed, Pontificia Universidad Gregoriana, 1997.

FUENZALIDA, Claudio. “El problema del mal. Acercamiento filósofo – ético y religioso”, en [http://www.cirab.cl/index.php?option=com\\_content&view=article&id=47:el-problema-del-mal&catid=39:etica-y-moral-cristiana&Itemid=75](http://www.cirab.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=47:el-problema-del-mal&catid=39:etica-y-moral-cristiana&Itemid=75) Consultado el 5/6/2017.

GALINDO RODRIGO, José Antonio. Dios y el sufrimiento humano. Preguntas y respuestas sobre el problema del mal. Madrid, Editorial Encuentro, 2008.

GARCÍA, Ricardo M. El concepto de libre albedrío en San Agustín. Bahía Blanca: Universidad Nacional del sur, 2003.

GARRETT, James Leo Garrett. “Teología Sistemática: Tomo I. El Paso”, Texas: Casa de publicaciones, 2006.

HAHN, Scott. Señor ten piedad. Traducido por Mercedes Villar, Madrid, Ediciones Rialp.  
AYLLÓN, José Ramón. Introducción a la ética: Historia y Fundamentos. Madrid: Ediciones Palabra, 2006.

HEIDEGGER, Martín. ¿Qué es metafísica? Traducido por Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Alianza editorial, 2014.

HEIDEGGER, Martin. La pregunta por la técnica. En: Conferencias y artículos. Barcelona: Ediciones Serbal, 1994.

HIRSCHBERGER, Johanes. Historia de la filosofía, Tomo I. Barcelona: Herder, 1997.

“Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica”, Volumen 6. San José: Escuela de Filosofía, 1967.

RUIZ DE LA PEÑA, Juan L., Imagen de Dios. Antropología fundamental. Bilbao: Sal Terrae, 1988

SÁBATO, Ernesto. Sobre héroes y tumbas. Caracas: Ayacucho, 2004.

TORRES QUEIRUGA, Andrés. Recuperar la salvación. Santander: Sal Terrae, 1995.

BIBLIA DE JERUSALÉN. Bilbao: Decleé de Brouwer, 1998.